



## 1– La Morgengruß

Un recio viento del Este empujaba a la nao Morgengruß rumbo a Malmo. A la luz del atardecer, el capitán Witod Hakonson, soldado a la cubierta con las arquedas piernas, escrutaba el perfil de costa y lo cotejaba mentalmente con el diario de navegación. Había corrido más de lo previsto.

–Con este vendaval clavaremos el mascarón en las mismísimas tripas del práctico. Preparaos para arriar trapo –Y la orden tronó por la cubierta.

No quería llegar con la noche y afrontar los acantilados de la costa. Y luego estaban los piratas de bajura.

Iban de vacío. Con la panza lastrada de arena para estabilizar la derrota y aplastar las olas con la quilla. Bien, no exactamente de vacío. Al final, el joven Leopold Jantzen no había podido sustraerse a la tentación de cargar cuatro fardos de cáñamo y no menos de diez toneles de herramientas. Tenía buenos confidentes, el joven señor. Por no hablar del pasajero. Una sombra embozada en una capa de la mejor lana castellana, justo al lado del viejo capitán.

–Señor, vamos a pasar noche al paio. Casi volamos –refunfuñó Witod.

Certeros confidentes y mejores barcos. A plena carga, La Morgengruß desplazaba sus buenos 90 fardos, eso sí, con la cubierta raspando olas. Dos castillos de defensa y un insólito arsenal de balistas, sin olvidar la bombardita. Con todo, navegaba derecha como un clavo, lisa como un tablón. Por el orgullo de Stettin, solía brindar Hakonson en la Oca Cantarina.

Ahora, con la perspectiva de remolonear unas horas a la deriva, le empezaba a pesar haber desafiado al capitán Beilshmidt y abandonar la

estela, lenta pero protectora, del Flincker Pott y la Saturnus, atestados de carga.

A buen seguro el joven Jantzen le recriminaría por tamaña baladronada. No son tiempos buenos para los desplantes, solía reconvenirle el armador. Discretamente, claro está. Le faltaban aún muchos pelos en la barba al joven señor para descarar al gran Hakonson. Si bien, en esta ocasión, no le hubiera sobrado razón. El capitán olía a piratas desde que salió de Stettin. Se había comportado como un imbécil.

Dobló las guardias.

El misterioso pasajero recibió con indiferencia el aviso de Witod, que le dedicó un pensamiento despectivo y se encogió de hombros.

No así la marinería. Dos días de travesía y a algún chismoso le había faltado tiempo para inventar un destino en Visby, o quien sabe, a Reval, o más allá, a los confines de Novgorod. La orden de izar y doblar guardias desmentía tales rumores y fue acogida con alivio, como un sinónimo de que días de juerga y negocios en Malmo se acercaban a todo trapo.

Arriadas las velas, Hakonson se refugió en el estrecho camarote de popa. El capitán era el único tripulante que no dormía guarecido entre los fardos de cubierta, al raso y a la luz de las estrellas. Prendió un cabo de sebo y repasó la carta de ruta:

*Stettin, a 27 de mayo del año del Señor de 1384. Por la presente, la nao Morgengruß recalará en los puertos de Malmo, presta a la llegada del convoy San Francisco procedente de Bergen. Amarrada en puerto, cumplirá orden del caballero Ferenc de Torum en cuanto éste pueda menester. Dase carta franca y poderes al señor capitán Witod Hakonson para comprar o vender en cantidad fijada por la carta de pago que se acompaña y a mayor prosperidad de esta compañía. Por último y en todo caso, la nao Morgengruß atracará en Stettin a partir de la festividad de San Juan. Dada en Stettin por Leopold Jantzen, ante el escribano mayor de la Hansa, excelentísimo señor Ferdinand Van Velve.*

En pliego aparte, Jantzen detallaba las órdenes comerciales. Comprar sedas, vino, especias, almizcle y hierro hasta desbordar la cubierta. Un botín millonario. Una buena razón para esperar al convoy San Francisco antes de volver a casa.

Que el diablo me lleve si lo entiendo, se lamentaba para sus adentros el capitán. En las dos últimas travesías sólo compraba, como si al

joven señor le animara una locura secreta por atestar los almacenes de la compañía.

En la proa, Ferenc, licencia de nivel 3 en modo automático, aspiraba el aire frío del Báltico. Pasarían días antes de volver a sentir brisa en el rostro. Sus instrucciones no eran menos claras: *Citar lo antes posible al agente de puerta y pasar de plataforma. Encontrar a Karim de Baabec.*





## 2– El dios 1

**U**n buen día, Musta se convenció de que el mundo es el conjunto de las cosas que pasan.

Que las cosas sean de una manera y no de otra es, para Musta, una simple cuestión de probabilidades. Hay combinaciones casi condenadas a no convertirse nunca en situaciones. En cambio, hay combinaciones que se repiten con insistencia. Lo primero caracteriza lo extraordinario, lo segundo lo trivial.

Si trasladamos este esquema a un eje cartesiano obtendremos una curva gaussiana. Los extremos del seno están prácticamente pegados al eje horizontal y tienen valor cero.

En el cero viven las cosas imposibles, precisamente, las que no pertenecen al conjunto de las cosas que pasan. En cambio, las lindes del 1 están condenadas a existir siempre. De este modo, piensa Musta, el 1 es como un dios de la realidad, de las probabilidades que no pueden dejar de convertirse en hechos.

Lo trivial y lo extraordinario combinan de mil modos, pero al final todo debe encajar en la curva. Es la ley de la tendencia. Para Musta, si en la ruleta sale el cuatro treinta veces seguidas, en alguna parte un suceso mínimamente distinto al cero debe conjurarse con el cosmos para que el 1 impere.

Pongamos que dos gemelos acceden al vagón en la parada de Moncloa y que, una vez dentro, la puerta se atasca. Los pernos hidráulicos gimen impotentes hasta tres veces antes de que las puertas vuelvan a cerrarse y el vagón reanude la marcha.

Se trata de un suceso relativamente infrecuente. Lo normal es que la puerta nunca se atasque, o si lo hace, sea al paso de una anciana camino del médico o de un ejecutivo con prisas. Pero hoy la puerta se ha atascado

justo después de que dos gemelos subieran al vagón. Según Musta, el universo exige entonces que, desde el extremo del eje de coordenadas, otro suceso anómalo compense la perturbación.

En situaciones así Musta afina su percepción. Le entretiene imaginar que el mundo acaba de mandarle una advertencia. Un aviso de que el sistema está maquinando una excentricidad para compensar la anomalía de los gemelos y devolver a la fórmula su invencible curvatura.

El juego es todo lo complejo que quieras. En Bravo Murillo, en la parada que te deja a doscientos metros de las oficinas de Sevillano e Hijos (Auditores Consultores), Musta salta al andén, y como de costumbre, se palpa el traje discretamente para cerciorarse de que la unidad celular, sus llaves y su cartera con las tarjetas siguen en su sitio. Eso le demora cuatro o cinco segundos. Suficientes para que un rumor procedente del vagón llame su atención. Se gira y observa lo siguiente. La última en salir ha sido una andina que arrastra un enorme carrito infantil. La mujer aguardó a que los viajeros evacuasen para maniobrar con comodidad. Y al abandonar el tren las puertas se han vuelto a atascar y alguien ha exclamado «vaya por Dios».

Lo fascinante es que la andina tira de un carrito infantil con dos bebés dentro. Dos hermanos gemelos.

Musta siente el vértigo de los agujeros negros sólo de pensar qué probabilidades hay de que la misma puerta de un vagón de última generación, recorrido por kilómetros y más kilómetros de sensores, se atasque dos veces en un mismo viaje y precisamente después de que por ella crucen dos pares de gemelos.

El mundo acaba de emitir una señal. O más que emitir, acaba de vociferar, de gritar, de aullar que algo extraordinario tiene que suceder ahora para que el 1 imponga su todopoderoso derecho a la existencia.

Musta ignora cuándo ese suceso fabuloso se hará realidad. No sabe si será hoy o dentro de mil años. No sabe si le afectará a él o no.

Lo normal es que no.

Y reemprende la marcha. Ha quedado con Sevillano&Hijos.

Acabó antes de lo previsto.

Musta no tenía prisa, ni ganas de catapultarse a Nortemadrid en el monorraíl entre la plantación de aerogeneradores blancos que delimitan la L-1. Esperando la salida del tren desarrolló un crunch de chocolate y empezó a hojear el dossier.

Pasado El Pardo, atravesando el gran parque Rey Juan Carlos que separa Madrid centro de la conurbación de Nortemadrid, la frontera, como la conocían en el barrio, la operación BHL parecía clara. Sus ojos se hundieron en la vasta extensión de encinas y robles, la repoblación de los años 20. Los aerogeneradores se espaciaban plácidamente confundiendo con los aspersores y las torres hidrogeneras, manteniendo intacta la panorámica sobre la ladera sur del Guadarrama, una mancha rocosa y amarilla calcinada por la desecación del acuífero. Maquinalmente volvió al informe.

«Talent Now, representada por Tod Roderic, en calidad de consejero delegado, y en adelante, la entidad sindicadora, con domicilio en Gibraltar, delega en Sevillano&Hijos, consultores auditores, Madrid...».

Asintió con la cabeza. De ser Roderic, él también habría atacado desde una consultora discreta, bien situada, solvente, pero sin estridencias. Y sonrió imaginando que un embolado semejante se armase desde Berkelian o cualquier otra macroconsultora de altos vuelos, con tentáculos hasta en las plataformas más guarras. Tres mil pequeños accionistas a la caza de un puesto en el consejo. En estos casos mejor no llamar mucho la atención.

Repasó los datos, el balance daba a Talent el apoderamiento mínimo del 1,75% del capital decisorio del BHL. Un poco justo. Las demandas, las de siempre. Honestidad corporativa, incremento del dividendo, limitación de autocartera a favor del derecho de retracto. Un puesto en el consejo y varios en las sociedades participadas. Lo propio en estos casos.

Luego miró al techo de aleación blanco del vagón. Sólo que BHL era algo demasiado gordo. Gordo para Talent, gordo para Sevillano e Hijos y gordo gordísimo para Mustafá El-Habib.

Activó el informe confidencial en las lunas de las gafas. «La debilidad política en el seno del consejo de BHL presagia la aparición de turbulencias... Salazar dirige con mano de hierro... Fragmentación del consejo. Accionistas de referencia... Diversas aseguradoras y dos consejeros dominicales del FMI abogan abiertamente por opear al pequeño accionariado y formar una nueva mayoría que ataje las guerras intestinas. A su vez, esta perspectiva refuerza la posición de Salazar ante el pequeño accionista...».

El tren se detuvo suavemente. La tarde era seca y clara. Para llegar a la calle del Nuevo Sexmo, a la pequeña Bulgaria, lo mejor era el metrobús.

Le dejaba justo frente a los bloques, junto a un pequeño parque donde críos de diez colores jugaban bajo la mirada de abuelos y abuelas. Saludó como saludan los vecinos del barrio y accedió al vestíbulo.

La parcela de los bloques era una milagrosa superviviente de la esponjización previa a la creación del parque Rey Juan Carlos por el Gobierno Federal. Unos diez monstruos de 14 plantas en estructura escalonada, de manera que cada apartamento dispusiera de una terraza con vistas al secarral de la Sierra.

Hubo un tiempo en que los inquilinos eran jóvenes parejas, europeos de pura cepa enmarañados en interminables hipotecas. Después del puff empezaron a asentarse los búlgaros, latinos y rumanos, expulsados de la falda del Guadarrama Norte a golpe de especulación inmobiliaria. Luego llegaron los demás, entre ellos el abuelo Yusuf.

La memoria viajó por un momento a las cenas familiares, a los relatos épicos de peleas entre comunidades, las maras y las mafias eslavas. Gran tipo, el abuelo.

Musta sentía una extraña fascinación por los bloques. Era como si algo en su interior le dictara que aquel era su espacio en el mundo. Por eso, cuando madre y hermanas optaron por instalarse en la costa de Nador, sorprendió a todos extendiendo un cheque y comprando la casa. Yo soy de Madrid, dijo.

Un madrileño un poco raro.

Cada vez que subía una fulana al piso, el mismo comentario. Que asco de barrio, mira que vivir aquí con la pasta que mueves. Hay que ser rata, decían.

Cuarta planta. Sus 100 metros en el planeta. Todo un privilegio. Depositó el dossier negro sobre una gran bandeja de cobre repujado, adentrándose por el pasillo mientras se despojaba del caluroso traje de paño. Lanzó la corbata todo lo lejos que pudo. Había una amplia cama, un baño a la última con cabina de masaje y bañera de aluminio, un guiño a la tradición (dijo el interiorista). Una habitación atestada de cajas. Un gran salón recubierto de pared pantalla, alfombras por todos los rincones, el sofá tipo Gstradt pero a precios de Ikea (eso dijo el interiorista, luego lo de «a precios del Ikea» resultó ser un concepto bastante menos prometedor). Y en el centro, presidiendo la casa, la unidad de plataforma y todos los adelantos domóticos disponibles en el hiper más surtido, incluido el «casakiper» de varios miles, Abdul-Has-san. Musta lo llamaba así.

Al fin, en gallumbos, dio la orden y activó la pantalla. Vector lectura.

«BHL es el resultado de una cadena de fusiones entre bancos secundarios del Cono Sur, México y la eurozona, como reacción a la expansión de emporios financieros asiáticos asociados a la nueva economía. Situación actual. Preside el consejo de administración el doctor Gilberto Salazar, amparado en un núcleo duro accionarial de carácter familiar. De los 25 puestos del consejo con derecho a voto, la familia Salazar y los Dolima–Glaxton, de Hydrobank, ocupan siete, otros cuatro puestos corresponden a antiguos dirigentes del Latin Bank, absorbido por Banca Hispano, y con el derecho de voto presidencial sujeto a contrato. El resto del núcleo estable se reparte entre dos consejeros de intercambios con otros grupos bancarios, un representante de autocartera camuflado en calidad del grupo de empleados, y un rotatorio en representación del cupo accionarial de directivos, de lealtad absoluta...».

— Eso suma 13 –se oyó decir. Pues los puestos de intercambio no cuentan. Volvió al informe.

«Núcleo inestable. Cinco consejeros de accionistas contrarios a la fusión con el Latin, de la antigua cúpula de Banque Atlan, y otros cinco vinculados a fondos inversores relacionados con Daitsu Kor, Metro KKR, Morgan, Shell–Kuwait Co, la Federación de Seguros, como referenciales. Dos consejeros oyentes del FMI, hostiles, y uno de la autoridad central bancaria, neutral, con voz pero sin voto».

—Eso son 12.

A continuación la pantalla se poblaba de gráficos de ratios, porcentajes de rentabilidad, series históricas del valor accionarial. El PER, VAT, WID y las habituales patrañas ideadas por los analistas para dar un viso de respetabilidad a sus profecías.

Activos. BHL, a través de su alianza estratégica con Dolima–Glaxton, controla el 80% de Hydrobank, en el sector de derechos hidráulicos. Es accionista de referencia en al menos cuatro de los 20 principales emporios logísticos. Accionista gestor de fondos como Fontur, economía del ocio y pensiones, FonK, economía de plataformas y renta variable, FonVer, biotecnologías. La lista seguía con corporaciones de biofármacos, energéticas, inmobiliarias líderes en Caribe, USA y México, distribuidoras, medios de comunicación, seguridad privada...

Todo tan sólido como una montaña de cemento armado.

–Buff, –soltó Musta –Grande, muy grande. No sé ni por dónde empezar.

–Puede ser cualquiera, señor El–Habib –respondieron desde el otro lado de la pantalla. El vector vídeo estaba desconectado. Sólo audio. –Hay que estar atento a las contrapropuestas. Para entonces tendremos una imagen más clara. Le deseo suerte. En el dossier habrá visto las instrucciones generales y el archivo encriptado. Hágame un favor. Memorícelo. Esta es una operación presencial, ya lo sabe. Buenas noches. Le deseamos un feliz viaje.

El vector pitó fin de transmisión.

–Fuera pantalla.

El gran salón recuperó sus tonalidades suaves. La luz del sol aún resplandecía sobre la sierra.

Las tardes de mayo son largas.

Un destello pedía paso desde el centro del cerebro. Las chicas de Hernainz&Clothes con sus ajustados tops moviendo la lengua con lascivia. Viernes, los viernes toca, se dijo autotentándose con una incursión por el Club Agnetta y un aquí te pillo de cien euros. No, demasiado lejos. ¿Melenka? Estuvo en un tris. Pero tampoco, a Melenka había que sacarla de juerga. Invitarla a copas. Y pensó en el largo viaje. En el madrugón y la falta de sueño. Odiaba los aviones.

Lanzó la caja de Crunch, levantándose indolente en dirección a la cabina de plataforma. Jugaría un rato. Tal vez compraría un poco de información. Después de todo había trabajo, se dijo, mientras meditaba por qué sólo una persona en el mundo le llamaba señor El–Habib.

Carlos Sevillano.



### 3– Quetzalcoatl

**P**ara la gente de Sevillano e Hijos sólo existe un sitio en Ciudad de México en el que alojarse. El Quetzalcoatl.

La escuela de Las Vegas se evidencia en el remate majestuoso del rascacielos. El tocado de plumas del pájaro–serpiente desafiando a la metrópoli desde las alturas. Suspendido en vilo de la fachada, el dios proyecta su mirada a las columnas de humanohormigas que a todas horas recorren la confluencia de Chapultepec con el Paseo de la Reforma. Cerca del centro turístico y al lado de la city, con sus ostentosos rascacielos blancos erigidos a mayor gloria del triunfo de la ciudad–mundo.

Les asignaron tres habitaciones contiguas en la planta 26. Cornelia se quedó la del medio. Algo anticuadas aunque no les faltaba de nada. Una pantalla Nintendo encarada a un sillón–cabina de última generación. Una mestiza de mirada de carbón, ansiosa por recitar el catálogo de extras, le sonreía dejando entrever pechos XL desde el holo. Musta lo pasó a imagen plana. Le molestaban las distorsiones del 3–D. Deformaban.

Se dejó caer sobre la cama. Encima de las perchas de trajes recién comprados a cuenta de Sevillano. Acabados de entregar, recién planchados.

El viaje. En palabras de Romano, una mierda como un pino. A las 8.30 la voz de Cornelia Pueyo, alias la doberman y delegada para la operación, saltó del canal–empresa serpenteando en sueños hasta la cama para informar de las novedades.

–Retrasado. Al parecer Losantos no ha completado todo el expediente y Sevillano no quiere oír hablar de la red. Todo presencial, príncipe. Así que puedes quedarte un rato más durmiendo la mona, aunque viéndote, mejor harías en rebajar tripa. Pareces un cerdo, Musta. Esa es la buena noticia.

–¿Y la mala? –preguntó recordándose de pronto en calzoncillos y camiseta. Una pinta horrible.

Cornelia esbozó una mueca.

–Nada de plasmas, tío. Un Magic de la tataratana. Prepárate para un vulecito de cinco horas.

Pronunció vulesito. Como para hacer la gracia. Musta calculó, cinco de vuelo más dos de desplazamientos y otras dos de filtros de seguridad, 9 horas, todo el día perdido.

–¡Joder!

–Recuerda, comemos en Barajas. 14.00. Bessoss –la cara de Cornelia se descompuso en una nube de píxeles rojizos.

Así que se lo tomó con calma. A fin de cuentas, una mínima desviación en la campana de Gauss, fácilmente subsanable con un trapiés en las escaleras mecánicas. O más simple todavía, un retraso que se compensa con una anticipación. Nada de que alarmarse.

Le costó encontrar el portafolios de la empresa en la habitación de las mil cajas. Una valija de cuero con su nombre grabado en oro bajo el logo de Sevillano. La habitación de Fatma, su hermana mayor, era ahora el ropero, escrupulosamente administrado por el «casakiper». Seleccionó unos Levis retro, imitación de la tirada 501 Country de 1956. Eso y una sudadera amplia y la barriga ni se notaba.

–Café.

Abrió el maletín e introdujo una muda, el celular y las tarjetas de identificación. El «casakiper» se detuvo ante él con la taza humeante, bien cargada.

Las 10.30. Echó una última ojeada a su amado mundo. Luego dio la orden.

–Transferir la base a celular. Borrar. Apagar

Luego desconectó las pantallas. Lo desconectó todo salvo los recursos domóticos. Regar. Abrir y cerrar persianas.

El Njegos era la cafetería oficial de los bloques, pero las Housminovas no estaban hoy.

–¿Qué tal Vashia? –saludó Musta tratando de que sonara amable. El marido de Dora era un bosnio retaco, moreno, peludo y chungo. Tan desagradable que, en contraste con Dora la legal, la única explicación posible es que la tuviera como la pata de una mesa.

– Brrr –articuló a modo de saludo.

Musta no soportaba el café turco. Y menos el de Vashia, el tipo tenía la virtud de generar mal rollo en un radio de varios metros. Un ejemplo, el hecho bastante previsible de no encontrar a las hermanas le parecía de repente insoportable. Les hubiera largado el sobre con el archivo cripto (nunca hay que destruir algo que puedas necesitar). Y puerta. Pero con Vashia no se podía contar. Lo habría abierto y posiblemente destrozado a la primera de cambio. Se conformó con una pepsi y una pasta.

– Díle a Dora que tengo algo para su hermana.

El otro le miró con sarcasmo, ¿algo para su cuñada Melenka? Como no fuera semen... Un tipo definitivamente impresentable.

Tras la barra, carteles de kefta, emuladores de aceite de oliva y un expositor de pan. Un expendedor de pizza y una gran bandera del CSK.

– ¿La señora Nohalia?

– Brrr Vashia volvió a denegar con la cabeza.

La esperaría. No podía tardar. La vieja señora siempre compraba el pan en Njegos de buena mañana.

Un vistazo a la prensa le puso al día de los planes del Gobierno Federal para recargar el acuífero. Semifinales de la Europea Sur. Otro día de locos en el mercado de plataforma. Ricawasi pierde un 6% al cierre del Nasdaq. Un nuevo escándalo sexual en Castilla, la gobernadora lo tiene fatal. Sonaba bien. Iba a colgarse de las gafas para ampliar la información cuando vio entrar a la señora Nohalia. Cargada hasta las topes con bolsas blancas del Hyper–Hyp.

Musta, después de todo el joven con mejores notas del barrio, se ofreció a ayudarla con lo de las bolsas.

– Hasta luego Vashia. Recuerdos a tus chicas. Diles que tenemos que hablar.

– ¿México? ¿Y que fanfarrias te traes allí tan lejos? A Nador deberías ir, a ver a tu santa madre y a tus hermanas. ¿Sabes que Fatma está ya de seis meses? O mejor, tomarte unas largas vacaciones y buscar una buena muchacha. Ay Mustafá... ¡Qué pena me das! Te he dicho mil veces mil que las blancas no quieren tratos con vosotros. Y aquí sólo quedan golfas y búlgaras. Golfas y búlgaras. Mala gente Mustafá –esto último lo dijo en dialecto, que Musta tardó más de lo debido en traducir. Eres aún joven. Y rico. Partido no te iba a faltar. Tengo una prima en Ben Moussa,

a poco de Hoceima, con dos hijas jóvenes y bonitas como gacelas, dulces de miel. Diré que te envíen una foto. Una gran familia, Mustafá, una gran familia que te recibiría con el corazón en una mano y en la otra un cofre de perlas. Lo que yo cuento los días para el viaje. Y que el Altísimo me diera la gracia de morir allá en la tierra bendita y entre creyentes. Inshalla. Oh sí, Mustafá, ya es lo único que puede esperar una viejecita torpe y parlanchina como yo. Eres tan adorable y gentil. Lástima que todo lo que tengas te lo gastes en golfas. Bueno ya hemos llegado. Que el profeta...

Depositó las pesadas bolsas del Hyper–Hyp en el apartamento de la Señora Nohalia. Finalmente, le entregó el sobre con la dirección de su madre en Midelth, en las cercanías de Nador.

– Dinero dijo . Mándaselo a mamá la semana que viene, pues no sé si estaré aquí para entonces. Bis lama.

– Eres un buen hijo. Cuídate... y cástate –le dio tiempo a escuchar mientras se cerraba la puerta del ascensor.

– Por fin. Ya está aquí nuestro saco de grasa. Joven califa ¿qué vas a tomar?

Cornelia llevaba una cómoda cazadora Sally Sanfield y una falda corta que se ajustaba sugestivamente a los muslos.

En su onda.

Cornelia era una caña.

El cuerpo, hubo de reconocer Musta radiografiando a la consultora, no había cambiado. Tampoco tenía porqué. A sus cuarentaybastantes Cornelia era un catálogo andante de la Dermo–corp. Cincelada hasta el mínimo detalle. Un cuerpazo que, invariablemente, despertaba en Musta recuerdos. Gratos recuerdos que le retrotraían al primer año en la empresa, hacia cuatro, cuando a las pocas semanas de contratado, la dobermann le hizo «la ficha». Diez horas encerrados en la habitación de un hotel saldadas con un frío «me gusta conocer a los novatos, chaval», seguido de un «hasta luego». Y nunca más, claro, pues era famoso que Cornelia jamás repetía.

La radiografía se detuvo a la altura del cuello. A partir de aquí, terreno vedado a la cirugía, pues Cornelia era una libertina, sí, pero de cuello para abajo. Para arriba, nada en el mundo hubiera podido perturbar sus ojos sagaces abrazados por las patas de gallo con un peinado casual. Una expresión intimidatoria de profesional sobradamente preparada.

A su lado, otro crack del negocio, Romano.

Si el presidente de Gayilandia emprendiera un viaje lo haría disfrazado de Romano. Una americana retro con un pañuelo anudado al cuello combinando con una falda Tsuji hasta los tobillos. Todo lo cual servido entre densos vapores de pachuli. Un gran cabeza calva rematada por el rostro de un setentón avinagrado no precisamente en su mejor día.

Musta no pudo por menos de pensar que las apariencias engañan. Viéndoles ahora, en una transgresión de roles, donde ella es él y él es ella, nadie hubiera dicho que estaba ante dos leyendas del sector.

–Estoy harta. Harta de esta –Para Conerlia, «esta» era Romano.

–Esto es una cutrada –segúa con la copla . ¿Tú crees que servidora se va de absorciones bancarias en un Magic atestado de inmigrantes y fardos? A lo grande, viajaremos a lo grande –gruñó–. ¿Sabes qué te digo?... Me quedo en Barajas.

Cornelia hizo un gesto como diciendo así todo el rato, al tiempo que apuraba un trago de Guinness. Musta vio una segunda jarra vacía.

Decidió templar gaitas alabando el análisis de Romano, que el día antes le había llegado por el canal empresa con las instrucciones del encargo. Fue peor.

–¿Qué? ¿Dándome carrete? Como el viejito está enfadado se le sueltan dos gracias y arreglado. Pero tú quién te crees que eres –chillaba.

Un robot interrumpió el escándalo para tomar nota. Escrupuloso con los alimentos

–herencia del abuelo Yusuf– Musta reclamó toda clase de explicaciones sobre el solomillo.

–¿Seguro que es de pasta de pollo?

Cornelia pidió café. Encendió un cigarrillo.

–Romano, colega, no te pongas así; si supieras la de marranadas que me costó meterte en el equipo... Me he quedado seca. –Pero el calvo no le siguió la gracia y la dobermann cambió a Musta–. No, no tiene la regla, se lo merece pero todavía no lo ha conseguido, ¿verdad Romano? Le pasa que ha perdido un pastón con lo de Ricawasi.

Romano frunció el ceño. Seguía sin hacerle gracia.

Piel cobriza, rollizo, moreno y narigudo. Musta se vio obligado a separarse del grupo para pasar por el control especial. Fotos de la pupila desde todos los ángulos, escáner de seguridad para el identificador. Ve-

rificación de ADN. Y eso que viajaba sin maletas. Sólo el maletín de cuero de Sevillano e Hijos.

–Gracias por su colaboración señor Habib. Buen viaje –le despidió la funcionaria forrada en kevlar.

La cinta transportadora atravesaba el pabellón 3 de Atlántico Barajas. Una multitud de transeúntes se afanaba por la nave entrando y saliendo en los vomitorios de embarque. La cinta le dejó delante de la puerta 67B. Tras la gran mampara de cristal un imponente Magic de cuatro plantas de la Tagomago Air. Bajo el emblema, el rickshaw tricolor de la Tata, el nombre de la aeronave: La Padmavati. Al identificarse como viajero de primera clase recibió una amplia sonrisa de la azafata. Más seguridad y el ascensor le elevaron hasta la segunda planta de la Padmavati. Otro asistente le acompañó hasta un departamento reservado. La figura de un pitillo estampada en la puerta corredera no daba lugar a engaños. Para fumadores.

Era un reservado cuadrangular de doce plazas con un ventanal de lado a lado. Musta era el último pasajero. Se sentó junto a Romano. Seguía igual.

–Si esto es primera clase, pobrecitos los de intercontinental. Colgados de ganchos deben estar. ¡Bonita cafetera!

Sin embargo, a Musta no le pareció tan malo. Algo desgastado, pero cómodo.

–Bueno campeones, allá vamos –sonrió Cornelia achicando un camel.

Musta se acomodó tratando de no molestar a Romano. Comprobó el cinturón, chequeó la red, y encarándose de golpe a su vecino le espetó.

–Así, qué ¿te viene la regla o has perdido una pasta?

Y ahora sí, Romano sonrió.

A cuatro mil metros, Madrid se desmaterializa. Los contornos se emborronan y eso es un suceso trivial, un casi–uno. Rutina en la campana de Gauss que anticipa un viaje más, aburrido y cansado.

Musta se sumió en las vistas, allá donde la trama urbana deja de ser compacta y queda seccionada al norte por la gran mancha verde del Parque Juan Carlos I. Plantas de producción de pasta cárnica, aerogeneradores, parques solares y polígonos hortícolas empezaban a alternarse con las manzanas de viviendas y las hidrogeneras. A unos

dos mil metros por debajo, una lenta fila de dirigibles transoceánicos sobrevolaba la ciudad desde los cuatro puntos cardinales.

Cornelia rechupaba su primer «hanoi». Miedo a volar. Perfectamente oculto tras sus ojos de lista. Decidió que tampoco podía estar las cinco horas empinando el codo.

–Voy a comprar –exclamó–. ¿Qué tal trajés de franela con chaleco, para vosotros? Para mí un traje de chaqueta, entallado pero serio, 100% Europa. Paga la empresa.

Palabras mayores. Romano abandonó el conato de conversación con su joven colega activando todos los vectores hasta compartir el de Cornelia. A Musta se le ocurrió preguntar qué tiempo suele hacer en DF.

–Bien dicho, niño. Monzón, llueve a mares. 24 horas. Siempre.

–Entonces nada de franela.

La discusión se alargó un buen rato. Despegaron. Musta abandonó sus intentos de percibir casuística de grado cero punto cerocero algo. Sus compañeros estaban enchufados, conversando entre sí. Por sus palabras cabía deducir que estaban peinando las tiendas más caras del metaverso. Después de todo sería verdad que viajaban a lo grande. Trató de imaginar a Losantos monitorizando los gastos del crédito, tirándose de los pelos hasta quedar calvo a la altura de Las Azores. Cuando el crédito dijo basta, seco como vaso boca abajo.

Romano se desconectó con cara de fastidio, explayándose en la mezquindad miserable de Sevillano, aunque al final a Musta le pareció detectar una semisonrisa sardónica.

–O no tan miserable. Ya verás Musta. Estarás de pánico.

Musta se removió con inquietud. Cornelia había optado por pedir un segundo «hanoi» (sólo) y seguir enchufada. Cambió de tema.

–No sabía que invirtieras en plataformas. Te creía un clásico. Si esto sale bien yo pensaba meter en Miyakazi.

–Mal momento, jovencito –dijo Romano reclinándose en la butaca. Las inversiones, los mercados, eran su terreno. Cerró los ojos – Miyakazi está por sacar una ampliación de Vogue que nos trae locas. Pero no se sabe. Tengo unas amigas que se forraron con la segunda versión. Al final lo llenaron de tiendas de complementos y arrasaron. Luego se fueron de la olla y lo servido por lo ganado. A mí no me va la

plataforma. Ya me conoces... –volvió a abrir los ojos, en su día castaños ahora grises– Efectivamente, clásico, soy un clásico.

Romano era un brillante analista «clásico». O en realidad, más que clásico, escrupuloso. La aparición de las plataformas, sin embargo, quebró su carrera. Nunca entendió que la gente pudiera ganarse la vida en aquellos estúpidos jueguecitos. Al principio desaconsejaba invertir en «esa cagada». Era jugar con plutonio. La evolución de los mercados y el exponencial crecimiento de la economía de plataforma le sentenciaron a un segundo plano en el organigrama. Y Romano se acomodó, limitándose a aportar su experiencia de prospector de inversiones.

La realidad manda y lo real es que Midle Age, de Miyazaki, lo cambió absolutamente todo. Empezó con bienes hipotecarios. Los jugadores crearon un primitivo mercado inmobiliario para comprar situaciones de ventaja. En aquella época llegaron a intercambiarse fortunas por un puesto avanzado fortificado en la ruta de la seda. Consciente del taquillazo, Miyazaki empezó a incentivar los mercados paralelos, la logística de rutas, los territorios reglados, sujetos a rígidos códigos administrativos que acreditaban la respetabilidad del sistema. Fue la locura. Hubo familias que perdieron hasta las zapatillas. Hubo quien se hizo archimillonario de la noche a la mañana y archipobre de la mañana a la noche.

Pero la competencia no se quedó a la zaga. Custodiers, de Nintendo, marcó otra era al abrir la plataforma a cualquier aportación externa. «Liberamentes», rezaba la propaganda. De pronto, el desplazamiento de millones de jugadores de plataforma a plataforma convirtió «la nueva economía» en una ruleta rusa financiera. Romano se pavoneaba. Volvía a tener razón.

Y volvió a equivocarse. Para entonces, una significativa parte del mercado laboral, millones de ciudadanos, trabajaban virtualmente. Cada mañana enchufaban sus pantallas, sus gafas, sus implantes, y accedían a Miyazaki o Nintendo a probar suerte. Alistados en las sangrientas batallas medievales de Miyazaki, comerciando en Patrician o Civilization de Olddtrade, o directamente prestando servicios de escribanos, de usureros, de intercambiadores, traficando información.

Eso en la plataforma.

En el mundo real, la nueva economía demandaba una legión de consultores encargados de los tortuosos procedimientos fiscales. Profesores, entrenadores, abogados y contables. El renacer de la cultura de

red. Para una economía de consumo a la baja, atrapada en la planificación de la sostenibilidad y la necesidad de alimentar miles de millones de estómagos cada día, las plataformas se convirtieron en insustituibles generadoras de riqueza.

El sistema no admitía ya la marcha atrás

– Siempre lo tuve claro. Me cansé de decir que aquello no sería negocio hasta que se fusionaran. Mira lo que pasó en los 20, cuando salíamos del puff.

A Musta no le costó recordar. Pasó que las oscilaciones de demanda se revelaron como el talón de Aquiles de la economía global. El boom de un nuevo juego podía sumir en valor cero a las fortunas amasadas en otra plataforma. Semejante volatibilidad puso en solfa el concepto mismo de propiedad virtual. Los grandes fondos de capitales amenazaron con retirarse. No podía ser que lo que costaba millonadas por la mañana valiera menos de nada al cierre del parque.

Y de nuevo Miyazaki. Conscientes de tener la sartén por el mango abrieron la plataforma. Códigos al aire. Las tripas de cada producto Miyazaki se ofrecían gratuitamente en los portales de la compañía.

Se crearon así las puertas, pasillos entre plataformas para el intercambio de activos virtuales. En Miyazaki te tasaban tus propiedades virtuales de cualquier juego y las reciclaban en valores negociables, válidos en cualquier plataforma o canjeables en activos reales.

Contantes y sonantes y al calor de la nueva verdad absoluta: «Convertibilidad igual a credibilidad igual a negocio».

– Fue una gran jugada. Era como el antiguo mercado de divisas. Las demás plataformas no tuvieron otra que entrar en el juego y abrir sus propias puertas o irse definitivamente al carajo.

Por la perpendicular de las Antillas. Abajo, la interminable hilera de dirigibles de carga aprovechando la corriente Este–Oeste. Más abajo tierra calcinada. Escenario de la última y ya olvidada guerra, atajada por lo sano por la gran coalición Américo–Chicana. Con un gran boquete nuclear en la Ciudad sin Dios de Puerto Príncipe. La última cloaca del tercer mundo. Salto de página.

Cornelia seguía enganchada y, al fin, borracha. El celular interno le informó que estaba conectada al Lamento de Portnoy, lo último de lo último en ero–juegos de la Ricawasi. La dobermann llegó al Benito Juárez realmente pasada.

– Gran viaje... –dijo al aterrizar.

En su habitación del Quetzalcoatl Musta filosofa que el dinero no lo es todo. No en la plataforma. Hay más. En el universo virtual nada impide organizar un territorio y presentar una candidatura a jefe de clan, o ser senador y ganar una fortuna ingresando a comisión por el desarrollo de los negocios en las ciudades representadas. Puedes ser rey, aventurero o un sabio. La vieja utopía de la meritocracia.

Aunque los caminos no tienen porque ser rectos. También puedes acabar ofertando tus servicios como asesino virtual, un sicario más. O un muerto de hambre con el alma endeudada. Musta lo sabe bien.

Ahora necesita información. Muy confidencial. Muy privada. Necesita activar el foro especial. Memoriza el crédito encriptado, diciendo adiós con la mano a la morena demoledora del canal cliente.

Y entra.



## 4– El señor Marx

**I**ba por el tercer crunch cuando la señal le indicó que su petición de acceso había sido aceptada. Por fin, suspiró. Pasó a Karim al modo automático.

Un foro a la antigua, réplica de los primeros del año de la tana. Una mínima animación por participante y soporte en texto/audio. Nada más.

Cuando entró, Fichte desarrollaba una compleja argumentación sobre los orígenes de la nueva economía.

– ...no cuando la clase trabajadora descubre la posibilidad de materializar plusvalías, sino cuando la plataforma se convierte en un herramienta de gestión de patrimonios. Lo demás viene sólo. La conversión de la economía virtual en una economía real que interactúa con seguros, bancos, fondos de pensiones...

Marx, apenas un emoticón con el busto de un orondo barbudo de poderosa quijada, saludó la entrada de Quetzalcoatl.

– Saludos, joven guerrero. ¿En qué te podemos ayudar?

– Ricawasi. Un amigo ha perdido mucho dinero hoy.

– Tu amigo se precipitó –escribió Marx–. Vendió antes de lo que tocaba.

– Mi amigo se pregunta por qué. Un 6% de bajón en 24 horas. Qué pasa.

El avatar con la F coronada de Fichte se iluminó en la pantalla.

– Hay grandes perturbaciones. Puede ser hoy, puede ser mañana. Manifestaciones de la gran IA, alabada sea por siempre.

– Chorradas –cortó Quetzalcoatl/Musta.

Cada minuto en el foro costaba más que una juerga de casino y fulana.

– Dículte a mi especulativo amigo. Eres el quinto en hacernos la misma pregunta hoy. ¿Tan difícil es de entender? Hafira Vega ha dado con algo nuevo, tal vez un Gallery 2, quién sabe. Secreto de Estado. La cuestión es que el baile de activos ha empezado y el oro circula a raudales siguiendo las rutas de Oddtrade. Todos ansían estar bien colocados por si empieza el baile. Así que ya lo ves. Tu amigo jugó en corto y perdió. No es un diente de sierra. Puede ser la gran ola, y todos arrimarán las partes para estar encima de la tabla cuando rompa rugiendo. Rrrrrmmmm.

– ¿Y Miyazaki?

– Aguanta –siguió Marx–. Fuerte y gordo como un ternero cebado. El rearme de la Confederación de Ciudades para contrarrestar las hordas de Timur ha atraído cientos de avatares. Vayas donde vayas verás ofertas para licencias de combate, máquinas de defensa, canteros para murallas... Como comprenderás, los seguros no se van a dejar desollar fácilmente. Ni los bancos.

Hubo una larga pausa.

– ¿Qué quieres Quetzalcoatl?

Musta sintió un imán que le arrastraba al centro del foro. «Quiero conocer cuánto vale saber que van a asaltar un banco. Hasta dónde podeis pujar, viejos avarientos». Pero se contuvo.

– Estoy preocupado por el riesgo de saturación de Oddtrade. Hasta qué punto el mercado puede digerir la entrada en avalancha de patrimonio procedente de Midle Age.

– Hmm, ¿quieres saber dónde está el vértice de la parábola?... Sabia pregunta. Teóricamente las puertas tienen un porcentaje de transferencia limitado. Están sujetas a los arbitrios de regulación de Laussane. Pero lo cierto es que ahora mismo empieza a haber colapsos en las puertas más próximas a la conflagración. Delhi, Samarkanda cerrarán en breve si no lo están haciendo ya. En Baabec todavía se puede respirar, y más allá, en Rodas, aún hay quien intercambia a buenos precios y según el género, incluso con ganancias. Aún hay margen. –Marx se sumió en un meditabundo silencio de puntitos. Pausa. En la penumbra de la habitación del hotel, con los dedos descansando sobre el teclado, Musta respiró aliviado. Rodas quedaba demasiado lejos. Sevillano había acertado; Baabec era lo correcto. Marx reemprendió su disertación–. Es cierto que a corto plazo cabe pensar en una deflación de precios en los escenarios de contacto de Oddtrade, como Homeriade o Patrician. El producto está llegando en masa muy por encima de la demanda. Pero

Oddtrade tiene una enorme versatilidad de transferencia gracias a su interacción de escenarios.

La F coronada volvió a emitir un destello.

–Estás entrando de lleno en la matemática, Marx –advirtió Fichte . En mi terreno. Es fácil calcular el circulante total por un lado, la demanda real por otro, y obtener unos índices objetivos. Por ejemplo, los tres índices que barajamos nos indican un porcentaje medio de saturación de Patrician del 1,3, del 1,6 en Homeriade. Traducido a escala de riesgos eso sería un 3,5 sobre 5, es decir, riesgo intolerable. Pero estos datos tendrían un valor predictivo infalible en una economía cerrada, no en una sumamente interconectada. Las cosas no funcionan así, más bien X rescata capital de Midle Age y lo coloca en Oddtrade, al tiempo que Y desinvierte en Oddtrade y lo inyecta en seguros, que a su vez reinvierte en la cobertura de licencias para una previsible guerra. El círculo se cierra. ¿Comprendes? Al interactuar el sistema se autoestabiliza se autoblanda; se autosalva de sí mismo.

–En definitiva... –intervino Quetzalcoatl, incómodo con la cháchara del filósofo.

– En definitiva –escribió Marx– el potencial de captación entendido como globalidad está muy lejos de tocar techo. Por eso una toma de posiciones, discreta y sensata, en previsión de cambios en el mapa no es una opción desaconsejable. No, no es el momento todavía de invertir en plataformas refugio de la Disney. ¿Qué más quieres Quetzalcoatl?

Justo en ese momento se desplegó una ventana secundaria en la pantalla. Era el videopuerta de la habitación. Al otro lado, su jefa, Cornelia, pulsaba el timbre.

Totalmente desnuda.

–Nada Marx, eso es todo –cerró.

Abrió la puerta.

–Pensaba que nunca repetías –se le ocurrió decir.

–Será que me hago vieja.





## 5– Rico

**B**ernado José, Berni, Rico, abandonó la comandancia aeroportuaria tras validar una tarjeta de nivel A e intercambiar elogios con sus excompañeros de la fiscal

Con un tipo como Rico, pensó el supervisor, mejor no ponerse quisquilloso con los protocolos internacionales para «elementos armados». A fin de cuentas, los contactos del director de seguridad de BHL le convertían en un tipo demasiado útil o demasiado terrible como para perderse en papeleos.

Rico tomó una vagoneta de acceso a la terminal 6 del Internacional Benito Juárez y atravesó las tripas del gigantesco escarabajo transparente. De camino, la mirada rebotaba por las bóvedas, el caparazón flotante que recubría el aeropuerto reflejando el estallido de la selva transgénica de San Andrés, reluciente ahora con las lluvias del monzón.

Llegaba pronto. Se plantó en el vestíbulo de salidas clasificando maquinalmente la turba de viajeros en tránsito. Recordó el viejo dicho de los tiempos de la academia. Los malos –monologa– no siempre van desastrados ni siempre tienen cara de malos, pero si alguien tiene cara y pinta de malo, no lo duden, es malo. El desembarco se retrasaba. Es lo que pasa cuando hay un árabe de por medio, pensó resignado y activando la ficha por enésima vez. Mustafá El-Habib... carne de control.

No le hizo falta contrastar las fichas cuando el trío cruzó la puerta. Son ellos. Una tambaleante y madurita pero atractiva ejecutiva embutida en un Sally Sansfield, un magrebí en levis retro y el tradicional vejete sarasa europeo, el calvo disfrazado de hawaiana. Ropa demasiado cara para un vuelo de la Tata. Algo no encajaba.

– Europeos –murmuró despectivo. Acto seguido pulsó el celular–. Rico al habla. Ya llegaron. Preparados.

Propulsó sus dos metros enfundados en un discreto traje. Directo a por la dama, identificada como jefa de delegación en el protocolo.

–¿Sevillano e Hijos? –tendiéndole una tarjeta de identificación. Ella olía a sudor, camel y a alcohol, de modo que le sorprendió que revisara la documentación. Gente viajada. Gente precavida, aún borrachos como cubas.

– Señor Rico. Disculpe nuestro aspecto, perdimos la lanzadera en el último momento. Somos todo suyos –dijo Cornelia esbozando una extraña sonrisa.

– Soy su chofer. Don Gilberto les desea una feliz estancia en México.

Dos horas antes, sobre las 17.30, Valerio Morales se personó en la puerta del departamento de seguridad con la frase de marras. Tenemos trabajo. Se quedaron solos. A Rico no le gustó la primera parte. No se mandaba a un director de seguridad a por tres abogaduchos de Madrid. Valerio cazó al vuelo la mueca del gigantón, y se apresuró a añadir que no se trataba de un porte cualquiera.

– Hay algo muy grande en marcha, Berni –le dijo en un tono que llevaba implícita la palabra confidencialidad–. Y estos tres son la avanzada de lo que viene detrás. No lo tenemos claro, esa es la verdad. Así que péguese a ellos y nos reporta. Hemos cargado la información en el celular. Importante Berni, no se fíe.

Y sin más, Valerio le abandonó perdiéndose por el laberinto de pasillos de la torre central de BHL. Rico activó el celular pulsando el código del «guardarropía».

– Prepárenme el traje. Precisaré el Cadillac STM, el blindado. Un subfusil Uzi10d. Munición y un lote de «haitianas». En el maletero. Pongan también tres, no cuatro, chalecos –ordenó.

Desde luego no iba a fiarse. No era su costumbre, se dijo palpando la vieja B101 de descargas encajada en el sobaco.

Cornelia lamentaba haberse atiborrado de alcohol. El «hanoi» le decía una cosa y la cabeza otra. Había que poner orden en ese marasmo de endorfinas pero le fastidiaba evidenciarse gorroneando las vitaminas de Romano. No delante del chófer de Salazar.

Chofer, por decir algo.

No terminaba de creérselo. En su estado. Pero lo cierto es que había atinado a leer toda la documentación de Rico, o al menos hasta el final de la tarjeta, donde ponía «rango: director de seguridad», cayendo repentinamente en que los chóferes mexicanos no miden dos metros. Hasta se privó de recorrer con la mirada la estampa del «supersegurata». Todo un hombre. En su lugar, trató de conectar mentalmente con Musta y Romano. Alerta señores. Pero Romano y Musta parecían todavía más abotargados por las cinco horas de viaje.

Decidió mostrarse deliberadamente ceremoniosa con el cicerone. A ver si colaba.

–No sabe lo profundamente felices que somos por pisar la capital del progreso. D.F. Gran ciudad. Este aeropuerto es una verdadera maravilla arquitectónica. Que grandiosidad. ¿No es así caballeros? –preguntó matizando cada sílaba, como una gringa entusiasmada–. Les presento. El doctor Romano Cornel y nuestro técnico en Registros, licenciado Mustafá Habib.

Los aludidos se miraron estupefactos.

Conocían demasiado a la doberman para saber que su jefa nunca hacía el gilipollas.

Experta en psicología proyectiva, Cornelia era una maga de las negociaciones. Una inclinación de ceja. Dos pestaños de más, unas manos demasiado húmedas, y zass, retratado. Sabía leer el lenguaje corporal como nadie.

Que manera de llover. Antes no era así, y muy a pesar suyo Cornelia se zambulló en una recreación del D.F. de su juventud, 20 o 30 años atrás. Aquella urbe convulsa que supuraba dolor y corrupción por los cuatro costados. Ahora ya no. Los mendigos en los cruces daban paso a rascacielos de mil colores. Y la lluvia, la bendita e interminable lluvia a todas horas, había barrido a los árboles muertos y sus flores de bolsas de plástico arrastradas por el viento.

–Yo estudié un MBA en el Antropológico, hace muchos años –dijo Cornelia.

–¿Conoce la ciudad, señora? –inquirió Rico. Es un «poli». No lo puede evitar, pensó ella.

–Señorita. La conocí... antes.

–Ha cambiado –ratificó Rico, imperturbable–... señorita.

El cadillac enfilaba Insurgentes dirección Chapultepec y el «hanoi» se empeñaba en revolver una importante cantidad de basura escondida en la memoria. Aquella estúpida ONG, aquella estúpida, presuntuosa e inexperta, apenas niña. Aquel cuartucho mugriento en los mugrientos arrabales de Puebla. «Ginecología», más que advertir, el cartel mordía.

No quería ponerse melancólica, de modo que concentró su parte positiva en el trabajo. Pensó en Romano. Miró el Omega del analista. Marcaba la hora de Madrid, 6 más. Las 20:00 en D.F. Romano nunca estaba de pie a las diez de la noche, a no ser con una sopa de drogas nadando por las venas. Con todo, el viejo era un fichaje necesario. Precisaban un analista de la antigua escuela, un gestor de balances, shares contables y toda esa paranoia bancaria. Musta era harina de otro costal. Bien en las formas pero inspiraba desconfianza. Básicamente, por moro, pues era un tío educado, sobrio, de pocas palabras. Sus rizos morenos basculaban de un lado a otro persiguiendo el brillo de la avenida. Ella hubiera preferido al Vasco, daba más prestancia. Pero Sevillano se empeñó, además, identificar sobre el terreno todo el listado de accionistas sindicados era vital. Y necesitaba al Vasco a su lado para otras cosas. O no. O sí. Veremos.

Echó una fugaz mirada por la ventana de atrás. La furgoneta azul no se había separado de ellos desde el aeropuerto. Romano y Musta seguían con cara de patos mareados.

Chapultepec. El gran hotel Quetzalcoatl quedaba a un lado, la delegación de Sevillano, a un paso.

– Señorita, les dejaré en el hotel. En el celular han memorizado mis datos. Por si precisan algo.

Brevemente, Cornelia expuso el plan de trabajo.

– Estaremos el domingo en la delegación repasando la hoja de ruta. Hay mucho trabajo. El lunes a primera hora nos reuniremos con Servén y su equipo. Recójanos a las 8:00... –y recordando que México no es Aluche, añadió– si es tan amable.

– Cómo no.

El hotel más grande de Europa cabría holgado en el hall del Quetzalcoatl. Grande como un estadio. En la puerta, una de tantas, les asignaron un enchisterado guía.

Liberados de la presencia cortante del chófer, Romano y Musta empezaron a vacilarla.

«Yo estudié un MBA en el Antropológico», se burlaba Romano.

–Reiros, so tarados. Pero ese tiene de chofer lo que yo de monja. Es jefe de «seguratas». Lo leí en su tarjeta, el muy mamón. –Silencio. Acababa de dejarlos impresionados–. No os sorprenda. Nos mirarán hasta debajo de las uñas. Así será hasta que nos vayamos. El atontado... anda que enseñarme su tarjeta.

No les dijo nada de la furgoneta azul, en su lugar le prometió a Romano algo así como una juerga con mariachis en tanga.

En la conserjería les esperaban.

–¿Sevillano e Hijos? Sus habitaciones están listas. ¿Cenarán algo?

El «hanoi» ardía. La sólo idea de comer la irritaba. Musta todo lo contrario. Pidió amablemente, suplicó casi, que le subieran helado de tagliatella, bollos y esos batidos colosales que te convencen de que has llegado a América tras cinco vomitivas horas dando tumbos.

–Traigan «Camel» –dijo ella . Mucho. Otra cosa, ¿llegaron nuestras compras?

La recepcionista verificó una consulta en la pantalla e hizo un gesto afirmativo. Romano y Cornelia intercambiaron una mirada de complicidad.

–Están en sus suites. Listo, códigos cargados. Tienen un pase todo incluido. Sin restricciones. Cualquier cosa que precisen... El hotel les desea feliz estancia.

Un segundo Fred Astaire les guió por entre la interminable extensión del hall. Una columna blanca con cinco panorámicos acristalados se elevaba hasta el mismísimo cielo.

La ducha no podía con la quemazón del «hanoi». Trató de pensar en el trabajo. Imposible, las endorfinas se habían desatado. Cuando menos se había despojado del sudor y del cansancio. Sobre la cama, dos perchas de «Hermes D.F.», con tres trajes de chaqueta casi idénticos. Cajas de ropa interior. Un pantalón «Megana». Y dos pares de zapatos planos sin tacón, básicamente cómodos. Estaba todo lo que en ese momento ella podía recordar.

Se desprendió del albornoz contemplándose en el espejo. Había que reconocer el impecable trabajo de Dermo Corp. Despampanante. Al

menos en lo concerniente al cuerpo. Todo un chásis. Acercádo al espejo se repasó el rostro con unas pinzas. No había vello. Para entrenarse, se detuvo en las arrugas de los labios y las oquedades bajo los párpados. Eran su personal Dorian Gray, ni se planteaba retocarlos. Se sentía orgullosa de conservarlos. Proyectaban un extra de personalidad a su imagen, milimétricamente estudiada.

Desnuda, absolutamente indiferente a la posibilidad de tropezar con alguien en el pasillo, cruzó la puerta y pulsó el timbre de la habitación de Musta. Tardaban. Por un instante imaginó haberse equivocado. Tendría gracia que Romano apareciera tras el falso caoba con cara de idiota. Pulsó por segunda vez. La puerta se abrió. Y no. No era Romano.

Musta resopló. Un fulgor en la pantalla revelaba que el chico acababa de desconectarse. Pantallazo interruptus.

– Pensaba que nunca repetías –le saludo él, con ojos saltones.

– Será que me hago vieja –tratando de no conceder demasiada importancia a las palabras.



## 6– Karim de Baabec

**K**arim de Baabec contaba las caravanas. Nunca antes se había visto tanto tráfico a las puertas de la pequeña ciudad.

El cielo, entre terroso y plomizo, cruzado esporádicamente por rayos, daba a las murallas un aspecto inédito, metálico, frente al color habitual amarillo–sed. En las proximidades del palmeral una polvareda delataba el punto de concentración de las caravanas. Doce, contó. Ahora mismo, en Baabec podías comprar de todo.

A sus espaldas, el Caspio. La tormenta eléctrica, presagio del diluvio, vapuleaba las centenas de barcazas en la rada, obligándolas a un constante maniobrar para resguardarse del inminente aguacero. Un paisaje insólito en el que resultaba difícil encontrar los perfiles familiares de la ciudad, habitualmente adormecida, como anestesiada por el polvo.

Más allá, entre la ciudad y las estribación norcaucásica, creyó ver otros dos rastros de polvo en el camino de N'Brena, el primer caravasar de la Confederación en la ruta hacia Tashkent por Bukhara, a través de la nada, o por mejor decir, las arenas del Kara Kum turcomano.

Cambió a modo real. En el tiempo rápido, cuando una hora de metaverso equivale a 24 astronómicas, reales, la clave está en preprogramar milimétricamente los detalles. Tener previsto hasta lo imprevisto. No es fácil, por eso la mayoría de los jugadores prefiere el Tiempo Mitad, donde puedes rectificar los pasos del avatar sin grandes complicaciones. Pero hay cosas que piden modo real. Cuando tienes prisa pásate a real, reza el dicho. Y llegados aquí, Karim siempre se preguntaba cómo se lo haría la plataforma para sincronizar a los millones de jugadores traficando, batallando o desplazándose por Midle Age hasta en tres funciones temporales diferentes.

Secuenciar los pasos. Tener en la cabeza la hoja de ruta y no perder ni un segundo. Hablaría con la gente del palmeral. A fin de cuentas, El Alférez debía estar alquilando mesnadas enteras. Alguien habría oído algo. Disolver la caravana, pertrecharse, un caballo, preguntar. Esperemos que Ferenc lo entienda, se oyó decir a sí mismo.

Siguiendo la tradición turcomana, los negocios se cierran en los patios de la casa del cambista. Entre grupos de chiquillos que corretean, mujeres embozadas que aparecen como sombras. En modo real la definición se incrementa exponencialmente, cosas de la sincronización, los escenarios cobran vida y hasta, con un poco de imaginación, las narices se saturan de salazón y especias, olores entremezclados con el de las acequias desbordadas, más hediondas hoy que de costumbre. 130 camellos, 200 fardos. Seda y marfil.

Era una transacción nominal. La sociedad Haarko se limita a comisionar el porte ante el agente de Puerta. Cambistas.

– Tiene suerte Karim. Malmo es ahora una verdadera locura. Los precios en puerto están tirados, así que, como verá, nuestra comisión es una verdadera ruina.

No tanto, pensó Karim.

El cambista continuó.

– Así que los patricios compiten por cargar sus goletas, al rescate de activos y con el alma en la boca para llegar los primeros a los puertos de la Liga, antes de que todo haga crack. ¿De verdad, mi joven amigo, no quiere vender algo de su cargamento a este humilde y miserable padre de familia? La ruta del Dnieper pide telas, pide oro, pide lana. Pide y pide y no para de enviarnos hordas ansiosas de alistarse en alguna de las facciones.

– Lo sé. – les había visto en el zoco, en la taberna, en la puerta de la lonja ofreciéndose a los mesnaderos de la Confederación. Rusos, escandios, turcos, chinos, germanos y drusos era una imposible amalgama armada hasta los dientes y que recordaba el tiempo de las cruzadas. Jugadores de fortuna atraídos por las ofertas laborales de las ciudades libres, ahora en el punto de mira de Timur. Los mesnaderos les tocaban los músculos, tasaban las armas, releían una y otra vez los pergaminos en los que se describía la licencia. ¡Caballos, quiero caballos!, gritaban y blasfemaban al escuchar que el infante venía sin ellos—. Por cierto, busco a un tal Alférez.

Moussa Pachá, el parlanchín representante de Haarko en Baabec, cerró los ojos con desagrado. Soldados, purria, mientras el espantamoscas trazaba lentas eses en el aire. Le entregó los documentos para pasar los fardos por el arco del fielato. Los hombres de Moussa Pachá los entrarían en la ciudad. Luego Haarko validaría la mercancía ante el agente de puerta y la entregaría al otro lado, en Malmo, al capitán Hakonson.

Sevillano dormiría en paz.

Karim cerró el trato entregando al cambista una nota urgente dirigida a Ferenc de Torum.

La avenida del fielato al palmeral era un zoco de personajes tan exuberante como la vida misma, desde cambistas de cierto nivel a truhanes y cortabolsas. Una sopa social por la que Karim se abría paso a empujones. Musta reconoció que le fastidiaba el cambio de plan. Le encantaba la Morgengruß, hablar con el viejo Witod, el humo de la pipa expandiéndose a popa. En menos de un día los fardos estarían en la sentina de la nao, lista para volar por el pasillo de Lübeck. Haarko sólo tendría que sellar y cobrar su parte. ¿Pero y yo?, se preguntó. A saber dónde estaría él.

–Hijo de puta –le espetó un guerrero propinándole un puñetazo en el pulmón. Era enorme y cubría su vestimenta de combate con una túnica de paño burdo. Nueva.

Karim se disculpó, recriminándose por no saber distinguir entre un automático, un avatar mecanizado por el tiempo rápido, y un real, un jugador metido en su mismo tiempo. A un automático le puedes pisar, empujar, insultar. A lo sumo lanzará una queja robótica y esbozará una mirada de diseño. Furia estándar, 3 puntos de agresividad, y seguirá impasible su camino. Un encontronazo con un real puede derivar en una disyuntiva. Y eso es peligroso, especialmente en tiempos oscuros.

Lanzó una última mirada al real. Desbordando el capuchón, unos rizos rojizos y una enorme cicatriz cruzando el rostro.

Extraño.

No tengo tiempo. Rápidamente se mezcló entre un grupo de porteadores. Empezó a correr. Las primeras gotas, espesas y negras, reposaron la marabunta de polvo en el palmeral.

Hay trucos para detectar reales en una marabunta de automáticos, o sims, como se les llamaba desde los tiempos otaku. Por ejemplo aullar

«Allah–Akbar». De repente cientos de cabezas se vuelven al unísono como movidas por autómatas. Las que no, las que siguen impertérritas negociando, son reales, claro está. Antes era más fácil, bastaba permanecer atento a las tiritonas reflejas del síndrome sim. Antes de los fractales, se entiende.

Entregó los documentos al jefe de la caravana. Ordenó a su esclavo comprar un buen caballo árabe y equiparlo con la malla, escudo corto, cimitarra y lanzas. Varios odres de agua. Agua. La vista se le fue al cielo, intrigado mientras la lluvia calaba la chilaba.

También extraño.

En el abrevadero encuentras a los que acaban de llegar. Rápidamente seleccionó a un circasiano, posible guía de caravanas, y a un mercader chino, comerciante.

–Quiero negociar –les dijo con rudeza.

El circasiano ni le miró. Con el chino hubo más suerte.

Se refugiaron de la tormenta en la haima del chino. Fuera el polvo era ya barro, y cientos de camellos bramaban asustados al ritmo de los rayos. Musta reconoció que en cuestión de detalles, Miyazaki lo bordaba.

El tío estaba como loco con Timur. Wang Xuance, un Miyazaki estricto. Algún coreano con licencia comercial de nivel 1 pantalleando a escondidas de la esposa desde alguna colmena de Kwangjiu. Un jornalero de la plataforma. Sólo le interesaba Midle Age.

–Sé quién eres Karim de Baabec. –Musta frunció el morro. No es bueno que te digan sé quién eres si te dispones a robar un caravasar–. He oído hablar de la flecha del Kara Kum. Me interesa tu opinión.

Al chino no le iban las prisas. Le tendió una taza de té.

–He hecho muy buenos negocios en los puertos caspianos, Wang Xuance. Mis aldeas tendrán un verano feliz, gracias a los dioses. Timur está lejos –y deliberadamente deslizó un enigmático– aún...

–El monzón le viene persiguiendo –coincidió Wang– y largo es el camino de Tashkent. Legiones de soldados se aprestan a la defensa de la gran ciudad de Samarcanda. He visto samurais, tártaros, templarios, rumis de todos los países. Subrutinas fortificando los muros de la ciudad. La Confederación se cree inconquistable.

–Pero no la ruta de Tierra Santa. Controlando la de Omán, Timur desplaza el flujo hacia los puertos caspios y, más allá, el Volga y el enlace al Don hasta el Mar Negro. Auguro malos tiempos para la economía de Pekín. Esta guerra les descapitalizará.

Siguieron hablando, Karim le contó las inmensas posibilidades que se ofrecían. El rescate de activos desabastecía Europa. Las barcas cruzaban el pequeño mar llenas de guerreros pero volvían de vacío.

–No te resultará caro embarcar. Incluso cargarán todos tus camellos a precio de pasajero.

Wang rió la ocurrencia.

–No está mal pensado, nada mal. Lástima de la tormenta– y se lió en una sarta de lamentaciones acerca del tiempo perdido que suponía aguardar a que el temporal remitiera– ¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes?

–Tashkent, Wang, esa es mi idea. Pero no sólo. Necesito escolta y todo lo que encuentre son niños con licencia de mil euros, sin experiencia y deseosos de aventuras. Busco al Alférez. Soy un hombre de negocios. Odio las aventuras.

El oriental sonrió.

–Esa información te costará.

–Te compraré dos camellos a precio de Pekín si tu información me es de utilidad.

Wang cantó.

Los nubarrones tapaban el horizonte pero el dedo del chino señaló las estribaciones caucásicas. En el camino de N'Brena, de noche, ojos codiciosos relucen en los desfiladeros. Quien abandona la caravana no vuelve. Dicen que es de los Asesinos, los que huyeron cuando cayó Azimut y el viejo de la montaña. Mala gente, Karim de Baabec, líbrate de ellos como de los malos negocios. Y añadió –si es que realmente odias las aventuras.





## 7– Evelyn Torres

Una vez más, Musta se revolvió incómodo en el sillón. Cabrones, pensó.

La delegación mexicana de Sevillano ocupaba un pequeño rincón de la planta 4 del Subcomandante, un vetusto edificio anterior al cambio climático y ubicado a tres manzanas del Quetzalcoatl. Todo en su interior emulaba el estilo de la sede central. Sillones de cuero, luz escasa. Parquedad y ni un papel fuera de sitio.

El delegado, Waldo Ribelles, un cincuentón con cara de crápula, interpretaba a la perfección el papel de anfitrión pendiente de cualquier capricho de Cornelia, desviviéndose por mostrarse como lo que probablemente no era; un ejemplar representante de la compañía, trabajador infatigable de impecable trayectoria. Musta volvió a repasar la cara de golfo del delegado y pensó que sería bueno hacer un aparte más tarde. El sujeto, tenía pinta de saber de memoria las direcciones de todos los burdeles de la ciudad.

El edificio Subcomandante distaba apenas cinco minutos del hotel, Paseo de la Reforma arriba con la calle desierta, o casi. Llovía a chorros. Romano y Cornelia se las habían apañado para compartir paraguas y caminaban a la par impermeabilizados bajo sendos Barbours pardos. Por delante, cada pocos pasos, Musta daba un pequeño saltito removiendo los pantalones y obligando a Cornelia a corregir la dirección del paraguas. A cada saltito, Romano y Cornelia se desternillaban.

Cuando abrió los párpados, ella no estaba. Solo un escozor en las partes y leves agujetas en los abdominales. En la mesilla, copas con restos de «hanoi», rastros de la juerga.

El canal empresa se adueñó de la pantalla. La cara recién lavada y burlona de Cornelia le concedía diez minutos. Y luego vino la sorpresa.

La muy desgraciada se había llevado los calzoncillos. Tras mucho buscar sólo encontró una ridícula bolsa de lencería con las palabras «para el empleado más sexy» escritas a mano. Dentro, cuatro tangas negros. La típica broma-regalo de la doberman.

A primera vista, el edificio Subcomandante resultaba vulgar de puro funcional. Un edificio sin clase en un barrio emblemático. Sólo el directorio exterior del pomposo portalón de entrada permitía justificar los cientos de miles que anualmente costaba a la empresa el arriendo de infraestructura en la capital mejicana. Berkelian, Kawabata-Deloite, la Celtic... el gotha de las auditoras europeas tenían su extensión en el Subcomandante.

Guardar las apariencias. Parecer antes que ser. La eterna filosofía de los consultores.

Sentado en el despacho noble de la delegación, cada pocos minutos la tirilla –hilo dental, en terminología Romano– se paseaba de glúteo en glúteo forzando a Musta –«el empleado más sexy»– a restregarse por el sillón en un intento de devolver a su posición los «minigayumbos» y restar tensión a las aplastadas partes blandas. Sin mayores resultados. Romano se partía. El viejo malhumorado había dado paso a un alegre pícaro.

Cornelia le jaleaba las gracias. Necesitaba al viejo en forma. Al 100%. Hoy, mañana y pasado. Después, Romano podría echarse al Manzanares.

El viejo ya no llevaba la falda tsuji. En su lugar, un impecable traje gris de solapa corta, chaleco y pantalón de rayas de Hermes. Calcado al de Musta. La única diferencia era la corbata. Enfundado en su uniforme, nadie hubiera identificado al analista con la reina de la noche.

–Señores –cortó Cornelia. Empezaba la clase–. En primer lugar agradecer la presencia de nuestro amigo Waldo. Sevillano no consideraba oportuno molestarle, pero insistí en que su presencia resultaba indispensable. Discúlpeme por haberle roto el fin de semana, pero entiendo que sus conocimientos sobre el terreno nos resultan especialmente importantes.

Ribelles puso cara de pavo. Musta y Romano intercambiaron miradas escépticas.

Cornelia pasó al análisis DAFO. Puntos fuertes y debilidades. Fuertes: honestidad, tradición, amplia experiencia en sindicaciones

y negociaciones reservadas, estabilidad, humildad, trabajo, seriedad máxima. Prestigio, no en balde Sevillano padre presidía desde tiempos inmemoriales el Colegio de Auditores. (A mayores, en su despacho había una foto con el viejo rey pellizcándole un moflete. Los clientes flipaban. Era como un padre para mí, decía entonces Sevillano con tristeza. Los pobrecillos clientes ponían ojos como platos).

Atención, consigna; discreción rayana en el idiotismo. Antes aparentar graves carencias de fósforo que una palabra de más.

–Nos tenemos que presentar como lo que somos. Un pequeño pero reputado bufete al que un desconocido de Gibraltar confía la operación del año. Nuestra limitada estructura proyecta un perfil de empresa volcada en Talent y concedora de la operación hasta el más mínimo nivel de detalle.

Naturalmente, el grueso de la negociación lo soportaría Sevillano, desde la central y por pantalla, y con el propio Roderic sentadito al lado. Callar y ver. Y bien atentos a resolver cualquier fleco. Ese era el papel del equipo desplazado. Preparar el encuentro previo al preámbulo de la negociación anterior el pacto.

Un primer contacto.

No obstante, Musta no tenía que recurrir a Cornelia para saber que el primer contacto resultaba decisivo.

–Es la típica operación de confianza. Una sindicación de acciones con vistas a una poltrona en el consejo de administración, –pontificó Cornelia–. ¿No es así, Romano?

Y nosotros tenemos que ayudar a vender el cebo. Salazar verá bien la entrada en el consejo de un representante del accionariado, ajeno a los tejemanejes de Banque Atlan y el FMI. La pata italo-española del accionariado está subrepresentada y, mediáticamente, la operación se vende sola.

Puntos débiles: fundamentalmente, escasa estructura internacional, poca experiencia en operaciones de absorción de rompe y rasga.

Pero sobre todo, Talent.

Pues si Sevillano podía remontarse a los tiempos del spectrum para acreditar solvencia en fusiones de solera, Talent no dejaba de ser una consultora ad-hoc para la sindicación de acciones sin pasado conocido.

El problema era Talent. El problema era Roderic, un gestor gris, con aspecto de testaferro. Visto así, un tipo sospechoso hasta para su propia madre.

– En esta operación Sevillano cobra por rebozar a Talent de prestigio. Tengámoslo claro. Así que nuestro trabajo es que al salir de ese primer contacto Salazar tenga prisa por casar a su nieta de doce años con Tod Roderic.

A continuación, una animación de Salazar se proyectó en la pared–pantalla. Provisto de unas notas Waldo Ribelles tomó la palabra.

–Aquí, en México, Salazar manda más que los ministros. Su nombre abre puertas e inspira respeto y devoción –leía–. Su implicación con la clase política es indiscutible. Se da por hecho que financió el Nuevo Renacer México, el partido social–cristiano que en pocos años cambió la cara de este país e impuso un rígido sistema de impuestos del que el emporio de Salazar fue uno de los principales beneficiarios. Salazar también supo aprovechar el cambio climático captando billones del tejido financiero del Norte. Con una población envejecida, que aún recuerda la desastrosa gestión del siglo XX, la reputación de Don Gilberto traspasa a la élite y adquiere predicamento incluso entre los estamentos más bajos de la sociedad. Ni siquiera su posicionamiento favorable a la intervención en Puerto Príncipe le restó un mínimo de influencia entre las masas. En realidad, es un fenómeno sólo comparable al mismísimo Pio XIII, más conocido acá como Papa Montesinos, como saben.

– Bien, bien –intervino Cornelia con frialdad, defraudada por la disertación, pobre y mal leída, del delegado–. No haga que me arrepienta de haberme jugado el tipo por usted. Díganos de qué va la cacareada relación de Salazar con el dichoso papa. ¿Son novios?

Ribelles palideció. Momento aprovechado por Musta para introducirse los dedos en el pantalón y recolocar «el hilo dental».

– Esto... son muy amigos...

– Está bien. Déjelo –anotando tres ceros mentales en la ficha de evaluación del pobre diablo– Salazar es el tipo más católico del mundo. Hay quién dice que un fanático. Está con lo más carca del mundo, pagano base de los Legionarios de Cristo. A pesar de eso es un gran seductor. Cortés hasta empalagar, educado y divertido. Le gusta vivir bien. Atentos, moralidad estricta, nada de desmadres europeos... odia las frivolidades... o lo que es igual –clavando los ojos en Romano– odia a los desviados, invertidos, degenerados y ateos en general...

– Vaya... –protestó Romano

— ...los chistes guarros, las salidas de tono y las gilipolleces. Es un cristiano cabal —y añadió Cornelia—, ni más ni menos que yo, de misa diaria. A partir de ahora, caballeros, cuidado con el vocabulario. Waldo, por lo pronto necesito un horario de misas y un dossier de prensa sobre actualidad religiosa mexicana... —y viendo que Ribelles ni se movía—. Y lo necesito para ayer.

Ribelles abandonó el despacho a toda prisa.

—¿No esperarás que el gran jefe te reciba en persona? —Para Romano, el esfuerzo de empaparse en cuadernillos parroquiales no dejaba de ser una baladronada.

—Seguro. Nosotros sólo hablaremos con Servén, el número tres. Y ya es mucho. Señal de interés. Otra cosa es que nos vean. No te quepa duda que allá donde nos metan habrá sensores hasta en las baldosas. Nada de rascarse el culo con los dedos, Musta —desde el sillón, Musta ladeó la cabeza. Siempre sorprendente las dotes observadoras de la jefa—. Y ahora, al curro.

Confinado ahora en un estrecho despacho, Musta repasaba el listado de accionistas sindicados.

Fue la casualidad. Que hubiera un número sustancial de títulos gestionados por apoderados, y no directamente por los titulares, entraba en lo razonable. Que el porcentaje de tales títulos representase un 18% del volumen de las acciones sindicadas, también, si bien, algo más raro. Que en un asilo de evasores fiscales jubilados, tal que Gibraltar, más de un tercio de las acciones fueran propiedad de nonagenarios, tampoco era especialmente sospechoso. Pero todo junto...

Musta se olvidó del tanga. Por lo demás, el listado era exacto. No había partidas descompensadas. Ninguna rebasaba un 4% del total. Justo y equilibrado. Lo cual tampoco dejaba de ser extraño. Lo suyo hubiera sido que una familia, algún accionista de cierto peso, dirigiera el cotarro con algún paquete poderoso. Había, eso sí, unas diez familias de apellidos lo suficientemente rimbombantes como para llamar la atención, pero la suma de activos de este apartado apenas aportaba un 10%. Si Roderic era el intermediario de alguien, allí no salía.

Una vez más, reordenó el listado de titulares por edades. El porcentaje volvía a repetirse, la frecuencia se clavaba en el 92.

—Hay qué ver los ancianitos. Lo mismo alguno ha palmado.

Y entonces se le encendió la bombilla. Lo de palmarla no era ninguna idiotez. La fecha de sindicación databa de febrero. Tres meses son varios años cuando se han dejado atrás los 92. Así que actualizó los datos con ficheros oficiales. Y ocurrió.

De entre todo el listado un nombre quedó destacado en rojo. Evelyn Torres. Fallecido el 26 de mayo.

Hace tres días.

Sacudido como por una transfusión de adrenalina, Musta accedió al sitio de disposiciones testamentarias. Tecleó el nombre. La pantalla le respondió con otro, Trent&Garver, Gibraltar, y al lado las letras AP. ¿Qué sería AP?

El tema le sonaba.

Cruzó Trent&Garver con los nombres del listado. Aparecieron cinco concomitancias. Ni mucho ni poco. Cuatro de ellas relacionadas con empresas de familiares o descendientes directos de Evelyn Torres, en mayor o menor medida vinculados con Trent&Garver. Hasta ahí normal. ¿Y que tal si lo cruzaba con los títulos apoderados?

Seis concomitancias más.

Suficientes como para corroborar que Trent&Garver empezaba a estar seriamente en el ajo. Bien, ¿y si ahora sumamos todas las acciones que de manera apoderada o interpuesta están en manos de Trent?

La pantalla escupió un terrorífico 11%

Y ahora ya recordaba lo que significaba AP.

Acreeedor Prestatario.

El celular emitía en el canal encriptado. Con ostensible desagrado, don Carlos dejó el putt en manos del cadi. Los criptos son caros.

– Señor El–Habib, ¿en qué le puedo ayudar?

Musta no se andó por las ramas.

– Hay anomalías en el listado

En la pantalla, el rostro del viejo marcó un calambre. La panorámica del campo, algún selecto club de la Sierra Norte, bailó. Sevillano se alejaba. Musta creyó reconocer al director de Recursos Humanos zascandileando por el green.

– ¿Qué quiere decir con anomalías?

Rápidamente le puso al corriente. Había un sobrepeso en el listado. A través del muerto se transparentaba una empresa virtual interpuesta vinculada al 11% de los títulos. Altísimamente sospecho-

so. Demasiado. Si los de BHL lo pillaban...Una fisura de seguridad de primer grado.

– Y hay más. No tengo pruebas pero sospecho que un montón de nonagenarios también son testaferros.

– Dice que no tiene pruebas.

– Si hay uno habrá más.

Sevillano puso cara de fastidio redoblado.

La buena noticia es que sólo un cabo suelto permitía –de momento– llegar al núcleo: Evelyn Torres.

Musta sugirió maquillar.

– No es «exactamente» legal, pero nos permitirá ganar tiempo para la sesión de mañana. Una redistribución a la totalidad del paquete del muerto y listos. No cantará, y para cuando lo haga, Roderic podrá normalizar la situación comprando y lavando ropa. La cuestión es que el nombre no salga.

– Hágalo. ¿Qué sabe de Trent&Garver?

Había rastreado hasta marearse. No dejó base de datos por peinar. A lo sumo podía colegirse una correlación estadística significativa entre Trent&Garver, con una tal Fundación Garver, radicada en las Ciudades Libres de Midle Age.

– Una compañía virtual –masculló el viejo–. Siga señor El–Habib.

– Ejem...sabemos que las empresas virtuales son sociedades opacas. Son entidades jurídicas pero formadas «en» la plataforma, grupos de avatares asociados para un determinado fin –Musta balbuceó–. Lógicamente sus identidades están protegidas bajo alias.

– ¿Hay forma de hacerlas emerger?

– ¿Legalmente?

– Hmmm

– Legalmente ninguna –concluyó.

Ahora el rostro del viejo reflejaba concentración.

– Puede ser lo que estamos buscando, señor El–Habib. Póngase a ello y siga la pista. Reforzaré la provisión de fondos. Utilice el cripto y ejecute la operación según el plan previsto. No esperaremos a mañana. Necesitamos saber quién es realidad Roderic, quién nos está pagando. Nuestra honorabilidad depende de conocer exactamente eso. En consecuencia, siguiendo el rastro de la fundación Garver podríamos saber quién anda detrás de Talent –y repitió– recuerde, nuestra honorabilidad está en juego.

Honorabilidad y... más cosas. Se dijo Musta al cierre de transmisión. Repasó mentalmente las nuevas órdenes. Empezar ahora.

No embarcar en la Morgengruß. Seguir en la puerta. Rastrear y encontrar al Alférez.

¡Ya!



## 8– Melenka

Vete! ¡Largo! Melenka se deshace del pegajoso persa y su mercadillo ambulante de soft pirata. Así es el Tubo. Un intrincado casino–bar–centro comercial–restaurante–pequeñomundo en la ciudad subterránea. Sub Madrid.

La antigua red de metro es un increscendo de orientales, pantallas y coffee–shops, bazares de tecno–cacharros, vendetodos y adictos, adolescentes los más, entrando como zombis en el Tubo para salir sin blanca. Latinos tambaleantes resoplando nubes de ron y chicharra.

El persa da dos pasos, se lo repiensa y vuelve tendiéndole una licencia de combate.

–Legal, legal, niña.

–No –Melenka ya no jugaba con eso. Dora se lo había dicho bien claro, una más y a las granjas. Se acabaron las apuestas en las plataformas de lucha. Se acabaron las pijadas.

Musta opinaba igual.

Para manejar pasta hay que olvidarse de esas payasadas, le reconvenía a todas horas. Nada de derroches, nada de apuestas en Gladiators para correr a gastar los beneficios en las plataformas de ligoteo, Esel Las Vegas o en cualquier antro virtual. Te despluman. Fijo. Siempre. Es ley de vida. El casino nunca pierde.

A Musta lo que le tiraba era Oddtrade. Negocios a lo grande con licencias de varios miles para empezar a jugar. Pero no había sido así siempre.

Empezó de apenas niño en una de espadas. Al poco, Musta era ya un as de los juegos de rol masivos. Propietario de varias katanas mágicas

por las que la gente mataba. Luego lo perdió todo, de la noche a la mañana. De cómo, Musta nunca hablaba.

Después de una ración de sexo, ella corría en bolas a enchufarse a las plataformas. El dinero del polvo se lo gastaba en alguna pelea con kick-boxers zumbados, carreras de hidromotos y adrenalina básica. También le gustaban las plataformas cañeras, tipo Khemer. Cosas así.

–Lamentable –decía Musta, para quien aquellas partidas no eran más que ludopatía –. Tienes clase, talento para moverte y ritmo... pero esa devoción por lo cutre... Siempre eliges las plataformas más planas.

A ella eso le fastidiaba. Planas.

–Mira el gordo. ¡Qué sabrás tú de planas!

Pero por el reflejo de la pantalla podía ver a Musta contemplándola embobado.

Dos años atrás, cuando ella empezó a frecuentar su cama, Musta había completado lo que él llamaba con solemnidad «mi reconfiguración». Nada de alcohol, nada de drogas. Sólo fulanas y plataformas caras. Ella se enteró de estas cosas de pasada, cuando se metieron en negocios. En lugar de con euros, Musta empezó a pagarle las sesiones de sexo con licencias caras y órdenes del tipo enchúfate en tal escenario y pregunta por mengano, dile que le espero en algún sitio. Siempre raro, siempre chungo, siempre problemático. Luego los servicios pasaron a otra dimensión, compra-ventas, ingeniería financiera para portes entre plataforma de material caro. Operaciones bélicas de riesgo, era el eufenismo utilizado. Ella descubrió que se podía vivir bien de las comisiones.

Otro mundo. Universos de estructura perfecta, detallados, rompedores. Paisajes extasiantes como la estación orbital de Zeno en Star Wars. Gente fina y elegante. Siempre con un gracias por utilizar nuestros servicios al final de la pantalla. La ruta de la seda, escenarios legendarios de Oddtrade. «Eres mi guardaespaldas», solía decirle él mientras escaneaba el cuerpo de Melenka con la mirada, una y otra vez.

Gracias a Musta, ella había acumulado, además de sus buenos ahorros, experiencia en los metaversos. Desenvoltura. Nivel.

Dora le decía que no se fiara. Que no perdiera el instinto.

–Musta es turbio. Lo suyo es que se la esté metiendo a alguien y que un día se despierte con un gato jugando con sus ojos. No pierdas el instinto.

De ahí al Tubo. A buscar. Algunas veces soft marrón para potenciar utilidades que luego Musta analizaba cuidadosamente. Las más, a colocarse en algún coffe-shop con las colegas, o a sintonizar los resúmenes de las plataformas de lujo tras rascar algún jornal, básicamente en Oddtrade, Tierra Media, Star Wars, o la reina de las reinas, Midle Age.

No se pierda el asalto de Rodas. La gente comentaba cosas y de tanto en cuando Musta remuneraba esa información. Han reclutado a un montón de porteadores en Turfan. Malas historias del Taklmakan.

– La Confederación ha perdido una caravana cargadita de canela y especies; me han despedido –largaba un conocido, enrolado temporalmente en algún chanchullo– ¡Putas tormentas! Te digo yo que Miyazaki hace con el clima lo que le da la gana.

– Sabes que no. Las condiciones climáticas se programan en centros oficiales. Son las reglas. Está en los contratos.

Melenka se revolvió en su gastado (y adorado) dos cuartos de seda de araña. Tenía hambre. Antes de volver al Njegos tomaría un bocado en algún rincón en el que franquiciaran lo de Rodas. Un perrito vitaminizado descolesterolizado con sabor a chuletas. La cabeza se le fue a las granjas, a esos polígonos industriales donde crecen las raíces gota a gota, con un montón de primos que las cosechan en luna nueva provistos de visores nocturnos. Luego las pasan por el extrusionador, por el enriquecedor, el modelador y el saborizador. Luego se venden. Luego se comen. Y finalmente se reciclan en líquidos orgánicos y vuelta a empezar. Una pesadilla de curro.

Increíblemente, ese era el rollo de su hermana Dora. El sueño de todo búlgaro, comer tu propia comida. Tres años más y Dora se largaría a su propia granja con el subhumano, Vashia. La tienda-bar de papá sería para Melenka. Pero para entonces, fantaseaba la Housminova pequeña, ella sería tan rica que podría poner a un currante en el negocio, o reconvertirlo en una sala SPA de las que salen en las plataformas rosa. Nada de granjas. Un negocio chollo que le permitiera vivir la vida. Con Musta, el día que él se decidiera. Tal vez.

–Hola Melenka

Remató el perrito. La mano le rezumaba mostaza de curry.

–¿Qué hay, Oscar? –contestó, limpiándose con una servilleta de papel.

Antes de coincidir en la Facultad de Historia, habían andado juntos. Colegas del instituto. Y también un fanático de la caza. De las partidas rápidas. De hecho se introdujeron a la vez, de mocosos. A raíz de reencontrarse en la universidad, ella se había acostumbrado a encargarle material raro de vez en vez. Un tipo con contactos

Melenka dedicó un par de segundos a repasar la indumentaria del joven, un overall mugriento como de escalada y los colores ya ininteligibles. La sudadera fluorescente de manga larga le caía casi como una falda recubriendo un cuerpo enjuto. Presidida en el centro por el tag de la IA. Con aquella pinta y la cabeza pelada, Oscar parecía un «chupapups» de tercera mano.

–Vente con nosotros, tía. ¡Alucinarás!

Unos pasos por detrás aguardaban tres «oscar» más y «una oscar». Dos andinas «vendetodo» husmeaban.

– Parecéis trillizos troncos. ¿No os dejan comprar ropa en la secta? protestó ella. El sonrió—. ¡No, gracias! ¿De qué va hoy?

Y recordó, con vergüenza y a la vez nostalgia, que cuatro años atrás eran como hermanos. El primer novio, podría decirse, aunque el término «novio» no era aplicable al tipo de relaciones entabladas. Luego vinieron los ejercicios espirituales y la empanada mental de la IA, el culto otaku. Cuatro años, para Melenka, una era geológica al completo.

Oscar parecía excitado. Le contó que tenían partida. Alguien del culto les había proporcionado un hardware anticuado en el que rodar versiones de Guild Wars.

– Simulamos un entorno IP de la primera década, nos conectamos y cazamos.

Para Melenka cazar es «curro», para Oscar cazar es un todo. Y esa es la brecha, la puerta cerrada que les separa y lo saben. Ella más que él.

La última chifladura otaku. Buscar señales. Y Oscar parecía entusiasmado.

–SL, tía. El «primer» primero. Muchos, cada vez somos más, pensamos que no es un proceso, una situación gradual. No. Fue una epifanía.

–¿«Epiqué»? ¿Quieres un «perrito»? Te invito.

–¿En qué momento el sistema se convierte en IA? No puede ser un proceso diacrónico, histórico, gradual.

–¿Ah no? –intentó exagerar la cara de aburrimiento, sin resultados.

–No es un salto histórico, es un salto lógico. Un momento. Antes no es y ahora es. Epifanía. No quiero el «perrito», gracias. Ya sabes lo que pienso.

Más sonrisas. Era una broma interna. Una tarde, a la salida del instituto, Melenka le persuadió de que los «perritos» contenían tanto nitrógeno que, en Pleven, un tío suyo se metió en el retrete con un cigarrillo en la boca después de haber engullido media docena. Cuando el nota terminó tiró la colilla en la letrina y en ese momento explotó todo. Oscar la pilló porque a veces era el tío Pavel otras Giorgi otras Nikolai. Durante días, le confesaría él más tarde, apagaba las luces al entrar en el lavabo.

–Pero me tomaré una «pepsi» –con la sonrisa puesta, Oscar hasta podía aparentar un «chupachups» guapo. –Gracias.

Él ladeó la cabeza, y como activados por una clave secreta, el trío de «oscars» y la «oscar» reanudaron disciplinadamente la marcha dejándoles solos con las «vendetodo». Por un instante le reconfortó que Oscar se las diera de macho alfa. Pero luego rectificó. En el Culto, el macho alfa sólo puede ser una especie de ayatolá de tercera que se cree todos los cuentos. El más inocentón, pringado entre pringados, se dijo advirtiendo un cierto dolor en ese pensamiento. De nuevo la vergüenza cruzada con la nostalgia. El cándido Oscar de siempre. Pidió las «pepsis» y, tras entregárselas, las andinas se perdieron de vista.

–¿Qué coño es SL? –Al final se impuso el instinto de jugadora. Estos tíos estaban a la última en plataformas, de hecho, no pocos trabajaban como prospectores de tendencias para los grandes estudios.

–«Donde Empezó Todo» –respondió, mudando el tomo amable a otro irritantemente papanatas.

–Me lo temía.

Entre trago y trago soportó un denso soliloquio sobre los orígenes de los juegos masivos de rol on–line, en la primera década, incluso antes. De tanto en cuanto, Oscar reiteraba su invitación. Tenemos costo natural, aseguraba. Al final le pasó unos gramos. Según Oscar, los primeros balbuceos de la criatura, de la IA, estaban allí y ahora sólo había que dar con ellos.

–Exploramos. Esperamos encontrar disonancias en los gráficos, pruebas de programaciones no humanas.

A Melenka, lo que más le sorprendía es que, a estas alturas de la civilización, hubiera cazadores–recolectores que disfrutaran jugando en gráficos infantilmente bidimensionales, poco más que dibujos animados. No podía haber placer en eso y si lo había era del todo obsceno. Acabó la «pepsi» de un trago.

A los dos parecía haberles entrado prisa por despedirse y volver, cada uno, a su particular hoyo en el mundo. Que tengas suerte, se desearon. Y Melenka retomó su camino hacia el Cairo, donde una enorme pantalla esférica prometía enloquecerla con el show de Rodas. Tal vez jugara un rato. Como soldado.

Volvió de noche con la cabeza zumbando por los porros «naturales» de Oscar y la sangrienta batalla del tal Saladino. Balance final: 200 euros de caja descontando impuestos, licencias, «perritos» y «pepsis».

–¿Qué tal las clases?. Ha dicho Musta que hay trabajo para ti –dijo su hermana, sin esperar respuesta a lo de las clases. Lo sabía de sobra–. Cena algo.

Melenka se despojó del guardapolvo de araña. Ya he comido, dijo de camino al cuarto de baño. Se duchó y se untó de hidratante. No le gustaba su piel, demasiado seca. Por lo demás, un perfecto cuerpo natural de 19 años. Tirando a alta. Sin problemas para ligar con salidos como Musta, a fin de cuentas, de los pocos vecinos con futuro de los bloques... además de ella, pues había decidido ser rica antes de los 27.

Su habitación era una leonera. Una enorme cama–armario revuelta, en contraste con un vacío casi igual de grande reservado en exclusiva a un sillón ergonómico y la caja de las gafas. Las «Ray Ban» con dispositivo de pantalla, regalo de Musta. Se sentó en el sillón, se enfundó un guante joystick, luego las gafas. Y ya estaba en Malmo.

Ferenc de Torum ocupaba una solitaria mesa en la Taberna de los Bárbaros. Un plato de col con tocino y una jarra de cerveza. El ambiente era sombrío, de lo más logrado, con ese punto gótico típico de la Ricawasi. Unas pocas velas proyectando mil tipos de sombras, cuatro sims medio borrachos embutidos en abrigos de lana vasta, dos avatares vestidos con las casacas de la Hansa, y una unidad de mesnaderos pinchando grasientas salchichas con dagas de choque afiladas como agujas.

El comedor, revestido de madera renegrida, sin alfombras, ni cuadros, ni ornamentos de ningún tipo, semejava un desfiladero de

rumores, un ventisquero que trasladaba los susurros de los parroquianos amortiguándolos de mesa en mesa. Por más atención que pusieras, apenas alcanzabas a procesar nombres sueltos.

Más interés tenía la puerta, abierta para ventilar y con vistas al oscuro callejón. Con cierta frecuencia, siluetas hoscas se apostaban ante la entrada, echaban una ojeada y marchaban dejando avisos en el aire. Si ven a Georg Hesse, díganle que «la Saturnus no lo va a esperar. Este es un mensaje para el capitán Godric de Dansk, dos libras de la Liga al que lo encuentre».

Repasó el registro de eventos sin encontrar rastros de Karim. Se concentró. No lo entendía.

Y entonces casi grita. Se habían olvidado de solicitar el encargo en la lonja. ¿Y por qué se habían olvidado? No modificaron la rutina del automático.

Esto iba a salir caro.

Fuera, oscuridad. Encendió el farol de mano. Un culo de vela introducido en un frasco de cristal. Se maldijo otra vez. No servía de nada. No es posible orientarse de noche en una ciudad medieval, un laberinto de calles resbaladizas y de no más de un metro de anchura. Angostas como cuevas, se dijo llevándose instintivamente la mano a la espada jineta, oculta bajo la capa.

Desde las «Ray Ban» activó la ventana de recursos desplegando el navegador. Por lo que recordaba, la oficina de Haarko quedaba tras la plaza, pegada a los andamios de la catedral en construcción. Tenía, pues, que cruzar el barrio del puerto, pasar por entre un par de granjas y talleres, adentrarse en la ciudad noble hasta divisar, en la negrura de la noche, el perfil de la catedral. Veinte minutos en modo real, calculó. Una locura.

Mientras recorría la ciudad a tientas, siguió ahondando en los registros de Ferenc.

La Morgengruß elevó el ancla presta a aprovechar la marea del alba. El viejo Witod no había tenido más remedio que comerse el orgullo y esperar al convoy, a las carracas Flincker Pott y Saturnus, cuyos centinelas interpelaron a la nao al ponerse a tiro. Maese prisas, gritaban, le hacíamos en Londres. Y las chufas retumbaban en la rosada mañana.

–Hijos de rata, os apuesto cien libras a que yo ya la estoy encajando mientras aún buscáis la boca de la rada.

El viejo escupió.

—No he tenido más remedio, joven Ferenc. Que se me pudra la verga si este litoral no está lleno de piratas. Vienen con sus ligeras barcas. Abordan aprovechando la oscuridad... y ya estás en presencia del Altísimo con la garganta abierta como la vagina de una vaca.

Lo cierto es que desembarcaron los primeros. El propio Witod dirigió la corta travesía sin dar tregua a sus marinos. Los puso en zafarrancho de combate y no quedó ninguno sin amenazar. A media mañana, la nao enfilaba hacia un caótico acantilado de palos y cabos. El puerto estaba atestado. Goletas polacas, rusas, inglesas, escocesas y de Dios sabe de cuántas lonjas. Hasta portugueses y vascos, con sus carracas robustas y enmascaradas con vírgenes.

Costó encontrar un hueco en el muelle, pero, a golpe de aullidos y al timón él mismo, Witod atracó impecablemente la Morgengruß junto a dos goletas de un paisano. El capitán no esperó a concluir el amarre. Saltó al pantalán tan pronto pudo para esfumarse entre las carretas de estiba.

Ferenc, abandonado en modo automático, desembarcó tras empaquetar diligentemente sus pertenencias. Sin prisas, se encaminó a la lonja a registrarse. Pasajero en tránsito procedente de Stettin. Y allí cometió el error. En lugar de correr hasta la puerta de Haarko para tramitar el salto de escenario de inmediato, como hubiera sido lo sensato dada la masificación de Malmo, el algoritmo marcaba seguir con la rutina. Y nadie lo había desactivado, pues el avatar no había sido reprogramado desde que Musta lo embarcó en Stettin, incapaz de imaginar la vorágine de barcos amontonados en Malmo. E inevitablemente un sim obra al dictado de la costumbre. Lo primero asegurarse cobijo y cena.

La culpa, por tanto, de esos dos disminuidos, Vashia y Dora. Podían habérselo dicho antes. Tan sencillo como Musta trajo curro para ti. Ella hubiera aplazado lo del Tubo y modificado la rutina.

En lugar de eso, Ferenc siguió el programa como un zombi, derrochando un tiempo precioso empantanado en el modo automático. Al llegar a la puerta de la agencia se sumó a una interminable cola de mercenarios, comerciantes y cargadores, que brujuleaban esperando la asignación de pase. Ferenc entró de los últimos, con los demás tontainas en automático y la desagradable consecuencia de que la visita a Haarko no pudo completarse y quedó pendiente para la siguiente jornada. La puerta estaba tan demandada que no habría más pases hasta mañana.

Esa es la razón por la que Ferenc corretea en la ciudad desierta, proyecta ser el primero en cruzar a Baabec y enmendar el garrafal error.

Melenka masculló unos juramentos. Fuera del registro, perdido entre callejuelas semiembarradas, Ferenc leyó el sensor gestual y blasfemó en su perfecto alemán.

—¿Eres acaso un condenado hereje para tomar así el nombre de Dios en vano? —le espetaron a sus espaldas.

A la luz de la linterna creyó ver una silueta resguardada en un portalón. Había sido una chiquillada dejarse llevar y abandonar la seguridad de la posada. Melenka calculó que Ferenc estaba ahora en las calles perimetrales del barrio costero, cerca de las granjas. Un buen sitio para una emboscada.

Estudiar las penumbras. —Era como si pudiera escuchar los consejos de Musta, como si su voz se hubiera mutado en ecos residuales sateletizados por las neuronas—. No existe la oscuridad en una pantalla. Siempre hay movimiento pixelado. Consulta el mapa, él te dirá cómo es el punto que ocupas, si es un ángulo cerrado o si hay tramos aporticados. Te dirá qué refugios tienes a mano.

Ferenc no necesitaba refugios.

Desvainó la jineta, lanzó la linterna contra las voces y echó a correr en dirección opuesta, camino a la posada, golpeándose por las paredes y profiriendo gemidos. Ferenc, cállate, murmuraba Melenka con ansiedad, mientras se enarzaba con el menú tratando de desactivar la rutina gestual. Off. Ahora ella era Ferenc del todo. Y Ferenc se dio la vuelta en lo que dura un guiño, para enfrentar a los atacantes esgrimiendo la espada en rápidos molinetes de contención. Oyó nitidamente la respiración de un algo que se le venía encima y Ferenc soltó el brazo. El acero encontró una inesperada resistencia al cortar lo que se preveía aire. Seguido de unos quejidos.

Pues no, no había sido sólo aire.

Ferenc se marcó un mortal de aproximación. Esta vez no serían dos dedos los que se entrometieran en la trazada de la jineta. En pleno descenso rectificó la posición de la espada y asestó un tocado de arriba abajo apuntando al centro de las brumas de píxeles. Un desgarró se adueñó del vector audio. Tras aterrizar retiró el estoque con violencia. El primer asaltante cayó fulminado. El segundo llevaba coraza, brillaba en la oscuridad y cargaba de frente ciego de ira. Directo a por Ferenc.

La cabeza le saltó como un tapón descorchado.

Volvería a la Taberna de los Bárbaros. Indagaría. Era como si Ferenc pudiera oler los cuerpos aún palpitantes de los ladrones, desángrandose en medio del barro.

En alguna parte, alguien acaba de perder una pequeña fortuna en licencias.

El muy tarado, los ha dejado con la instrucción de asalto y luego se ha largado, se escuchó decir.

Y es que hay que ser increíblemente capullo para robar en automático.



## 9– Setic Centro Conglomer

Quiero a Bobby. En mi despacho. –Rico cerró la transmisión. Muy, pero que muy cabreado.

Por la otra ventana Morales escuchaba con atención.

El sábado lo pasaron en el Quetzalcoatl. Se registraron sobre las 21.00. Sin actividad. Detectamos una transmisión encriptada –la mirada de Rico se detuvo en las notas. 1.090€, menos mal que, después de todo, alguien hacía bien su trabajo–. No de las normales, por supuesto. Blindaje premium. No más decirle que corta y cara. Mil noventa de cara. Sí, cuadra con una consulta profesional. Bastante rápida.

Rico detuvo su relación. ¿Se lo diría?

– ¿Pasa algo Berni? –preguntó el otro notando algo.

Continuó imperterrito. No era el momento. Esta mañana se personó, vamos a ver... –nueva ojeada a las notas–... Oswaldo Ribelles. Les acompañó al edificio Subcomandante. La firma tiene allí...

Valerio Morales movió el cuello con impaciencia. A veces se ponía «pejiguera» el señor secretario. Bien, voy al grano. Sin movimientos por la mañana. Las líneas son seguras en esa zona. Por supuesto ni lo intentamos.

En ese momento entró Bobby. Un gigante que parecía salido de la línea de ataque de Los Gavilanes. Con un leve movimiento de cejas Rico le indicó que siguiera de pie. Otro teorema del manual de buenas prácticas de la Academia: las broncas, mejor plantado.

Seguimos con el dispositivo. Estamos citados para las ocho cero cero. Ajá, el lunes. Con el cadillac... aunque, Valerio...

– Suéltalo ya.

– Me han cazado. La zorra gallega. Me pilló bien pillado. ¿Continuamos?

Una mueca de desagrado cruzó el rostro del secretario.

–Ssssí. Nnnnno importa. Mejor. Que se sientan controlados.

Entonces Rico clavó una letal y enrojecida mirada de odio que derritió al atacante de los Gavilanes.

–Hay más cosas. ¿Hay algún otro operativo interfiriendo del que no se me haya informado? –preguntó Rico con aplomo.

–¿Cómo? –la emulsión del rostro en pantalla amarilleó.

–Hay indicios.... –Pero el aplomo le abandonaba. Respiró hondó–. Sorprendimos una furgoneta azul siguiéndonos desde el Internacional al hotel. La perdimos a la altura de Circuito Interior.

–¿Qué la qué...?

Sin rastro de aplomo. La mirada de odio atravesaba ahora el craneo del tal Bobby como un láser.

–Seguimos investigando.

La emulsión adquirió una tonalidad grana.

–Quiero saber qué carajo pasa. ¿Me entiende Berni? Quiero el nombre del padre del primo de la madre del lechón que conducía el carro. ¿Me expliqué con claridad? Manténgame informado.

La ventana se cerró crispada.

Ahora se sentía mal. No se abochornaba a Bernardo José Rico todos los días. Felizmente, tenía con quién pagarlo.

–Veamos Bobby –silabeó con calma–. Será mejor escuchar su versión antes de botarlo.

Si eres Jefe de Seguridad la pregunta obvia no es quién sino ¿dentro o fuera?

Si «fuera», la filtración puede proceder de los propios españoles. Alguien próximo a Sevillano, tal vez él mismo Sevillano. Tan fácil como movilizar a una gente que contrata a otra gente con una furgona azul para que siga los pasos de los delegados.

Apoltronado en el asiento izquierdo del Toyota, remontando insurgentes, repasó las fichas tachando con un subrayador fluorescente un nombre. Ribelles, Waldo. Era el paso lógico. El delegado local. Eso quiere decir que el servicio se contrató en destino, en D.F. Lo cual apunta, en primer lugar, a una contramedida interna del propio Sevillano, a través de Waldo, para mantener controlado al equipo desplazado. El balance cuadra. Bien jugado. Sevillano es un profesional, sólo que algo desconfiado. Le llamaremos la opción A. La sana, la buena para todos.

Opción B. No tan bueno. Que alguien del equipo europeo juegue por libre. Un topo de otros verdaderamente interesados en saber qué se está cocinando. Problema, Rico no sabe. La cosa pinta a absorción. El Banco Hispano Latino dispuesto a crecer a golpe de talonario a costa de alguna corporación incauta o lamiéndose las heridas por golpes recientes. Pero puede ser al revés. Puede ser un pleito superglobal, pueden ser los preparativos para la visita de un jefe de Estado. Pueden ser muchas cosas, que es el problema cuando se juega al nivel Rico, cuando demasiadas piezas del puzzle están clasificadas como información no accesible. Puede ser la competencia de Sevillano, alguien interesado en saber a qué juegan los europeos. Puede ser la competencia del que contrata a Sevillano, que no sabemos. Puede ser, puede no ser.

Berni encendió un cigarrillo y dejó las fichas a un lado. Aún trémulo, Bobby conducía por camino al Internacional Benito Juárez. Otra vez.

Lo cual no tiene sentido. Si es un topo del equipo europeo, ¿qué interés puede haber en seguirle? Bastaría abrir un vector superencriptado de mil euros y, confortablemente sentado en el sofá de tu casa con las patas sobre la mesilla y un «hanoi» a mano, llamarle al hotel. «Linkas» el celular. Preguntas ¿cómo va eso?, te lo cuentan, pagas, y asunto arreglado.

No. Volvamos a Waldo. Rico recuerda la negligencia del aeropuerto. Tenderle a la mujer una acreditación de chófer en la que en lugar de chófer pone, cuidado, está usted hablando con el astuto Jefe de Seguridad de Gilberto Salazar en misión de incógnito acojonantemente camuflado como chófer. Tenga, lo pone todo acá. Impresionante. Y contempla al Bobby reflejado en las lunas tintadas, y de repente siente que no ha sido justo, que el descuido de pasar por alto la «minitroca» azul es nada comparado a lo de las acreditaciones. Que van dos errores en un solo día. Que la culpa es suya y sólo suya. Demasiados meses holgazaneando en plataformas de la Guild War, batalla del Somme, en horas de trabajo. Navegando por las sastrerías buscando trajes de impacto. En definitiva, dejándote mecer por la rutina. Limitando el trabajo a lucir cara de ogro comeniños y a mirar a derecha e izquierda cuando el jefe entra o sale del trabajo.

Y su corazón de policía se rebota ante tanta torpeza. He ahí la raíz de la ira que le invade.

—No volverá a pasar —cuchichea con rencor.

—¿Cómo? —la marcha se aturulla y el Toyota le capulta con violencia sobre la guantera. Los papeles salen disparados.

– Por el amor de Dios, Bobby...

Reduce, nuevo empujón. Bobby se nos funde, piensa Rico. Lo que pasa es que no saben conducir, no como antes.

Claro que también puede ser C. Lo peor. De dentro. Alguien de la casa quiere saber de qué demonios estamos hablando y necesita datos para atar cabos. Quién compone la delegación europea, a qué firma representan, cuántos días andarán por D.F. y con quién. Alguien lo suficientemente no introducido para no conocer los detalles pero lo suficientemente implicado para percibir rumor de salves en las altas esferas. Alguien de la subcúpula, un poco más abajo del primer perímetro formado por Servén, La Riba y Salazar, donde las aseguradoras podrían encontrar aliados coyunturales. O, quid prodes, élites residuales de la anterior ejecutiva, supervivientes del Atlán. ¿O por qué no un diario? Un ejecutivo agraviado convertido en chivato de una web amarilla, un blog salmón vinculado a la oposición política. O los servicios de seguridad nacional. O la fiscalía. O Inversores Reunidos. ¡El Copón Bendito!

Si es de dentro, las posibilidades abruman. No, en bien de todos, esperemos que sea el tal Waldo.

El monzón ha amainado. Después de muchas horas ha dejado de llover. La ciudad resplandece lujuriosa con las primeras horas de la tarde y por la calle se nota un cierto ritmo de peatones. Viejos elegantes camino de un Starbuck, jovencitos indefinibles blindados bajo sus parkas prestos a apurar el fin de semana hasta el lunes por la mañana.

Rico sonríe. Con total seguridad cabe descartar a los servicios de seguridad nacional. Fijo. A menudo piensa que lo más parecido a un servicio de inteligencia nacional en México es él. En cualquier caso no nos pongamos nerviosos.

– ¿Hablé lo suficientemente claro?

– Si Berrr... sí señor Rico.

Lo mantuvo 25 minutos de reloj encerrado en el despacho. Desquiciándolo. Cambiando de ritmo, bajando la intensidad y cuando todo se sosiega, estallando más fuerte si cabe. Amenazándolo con ponerlo de «segurata» sin armas en el barrio haitiano de Sur Tijuana, allí donde los niños apuestan quién le roba primero la porra al guarda y el que pierde se la mete por el culo (al guarda). No te digo sus hermanos mayores. Váyase ya. No me haga perder más tiempo... Y cuando el atacante de los Gavilanes ase el pomo de la puerta, contraorden, mejor. Prepare el

Toyota. Me acompaña al Internacional. Hablaremos con los de aduanas, tal vez nos dejen a solas con los vídeos de los aparcamientos.

Y en esto el celular del autopalpita. Rico enciende el vector y una voz metálica y fría determina un imprevisto cambio de planes.

–La gallega sale. Repito, la gallega sale.

Media vuelta, ordena apagando el cigarro.

La gallega sale del Subcomandante. Entra en un Corte Inglés subterráneo que la pondrá al otro lado de la avenida. Se detiene en la bifurcación de Juan Pablo II. Manipula algún implante y activa las llamas. Dentro de unos minutos se detendrá junto a ella un metrobús. Pocos pasajeros hoy en la línea del Zócalo. Hasta aquí, fácil.

Un par de currantes asiáticos enfundados en un mono de la Setic. Una familia, una pareja de adolescentes fumados, el chico va a la moda minimalista de Londres con unos pantalones vagamente militares. No está mal, piensa Cornelia. Tres pares de turistas altos, rubios y guapos. Un monje ¿franciscano? calvo embutido en un hábito marrón y con las mangas arremangadas.

Sí, franciscano. Hábito marrón y sandalias con calcetines. Una nueva oleada de recuerdos mortificantes se abre paso hasta el cortex, recordando el año diezytantos, cuando, cuando, cuando, cuandooooo. ¡O no, otra vez no!, se dice a sí misma y se impone la disciplina de pensar sólo en el trabajo.

Ha dejado a Romano inmerso en una avalancha de cotizaciones, con una pantalla enchufada a la base central escupiendo actualizaciones de activos. Medias de la semana, medias del mes, medias de las últimas 24 horas. Todo tiene que estar bien atado. A Romano se le ve contento. En su salsa. La broma del tanga ha funcionado.

– ¿Te vas? –le dijo él arqueando las cejas.

–Por supuesto, –detectando el tono burlón en la pregunta. Voy a por los mariachis. A ver si encuentro un trompetero para ti, corazón.

A lo que el otro contesta con una ambivalencia aún más ordinaria.

Cornelia había memorizado en cinco minutos el apresurado dossier de Ribelles. Horarios de misa, actualidad de la Confederación Episcopal, últimas reacciones a la encíclica del Papa. Al pasar por el despachito de Musta abrió la puerta sin llamar. Musta ni se percató, parecía enzarzado en una red alemana de hiperdatos.

–Adiós –sin respuesta.

Una nueva parada y subieron más turistas vocingleros. Bruscos y chinos a más no poder.

El moro. La verdad, que fue un arranque tonto, pero no tan malo como cabía esperar de un adicto a las prostitutas. Desde luego mejor que la primera y penúltima, allá en la cena de Navidad del 504 antes de Cristo. O Musta se conserva demasiado bien o es que ella está empezando a bajar el listón. En cualquier caso el analista no había hablado en balde, ni una palabra. Tampoco ella confiaba en eso. Llevaba lo suficiente trabajando con Musta como para saber que el chico sabía mantener el pico cerrado. Aunque nunca se sabe. Había que intentarlo.

Lo notó, eso sí, más distante de lo previsto. Como mecánico. Como si hacerlo con la jefa estuviera en la lista de objetivos trimestrales. Un poco mucho de «hanoi» puro tras el primero pero nada, ni palabra, ni una pregunta de en qué clase de negocio estamos. Como si lo tuviera todo superclaro.

Y es que lo tiene, acaba por reconocer Cornelia, más claro que yo.

Musta el dobleces. Una vez ella trincó un correo de nóminas, Le sorprendió el salario de El-Habib. No era ninguna monstruosidad, las cosas como son, pero cobraba un pelo menos que un jefe de servicio con 15 años en la empresa. Bastante más de lo razonable para un modesto analista de registros.

¿Que pinta aquí? ¿Por qué le ha metido en esta operación Sevillano? Esa es otra pregunta que le encantaría responder.

De joven Musta había sido una especie de estrella en las plataformas de Miyazaki. Rebobinó operaciones del pasado en las que ella y Musta hubieran colaborado. Unas cuantas pero tampoco tantas, y todas de rutina, salvo el caso de la herencia de aquella especie de otaku, «palmado» en la flor de la edad tras una juerga de ochenta y tantas horas a golpe de «meta». El «nota» tenía un Perú invertido en una red de empresas virtuales, activos nominales, coparticipados y opciones de futuro en unas 20 plataformas. Se acordaba bien. La madre, catalana, era la que llevaba el cotarro. Una vieja rechoncha que cada día llamaba no menos de tres veces para abroncar a Losantos, que acabó endosándole el marrón a ella, broncas de la vieja rechoncha incluidas. Viendo que no iban ni para adelante ni para atrás, Sevillano les puso a Musta de soporte, eufenismo para definir a un sabueso olfateador de sociedades virtuales en la ensalada mundial de datos.

A la semana el caso estaba cerrado.

Siguió recordando. Era claro que en lo tocante a operaciones virtuales Musta era el equipo A de Sevillano. Lo que encaja con los rumores según los cuales el chico es un agente del viejo en el mundo virtual. Un pasador de activos, sea lo que sea eso. Lo cual encaja con el salario pero no con la animadversión del viejo por las plataformas. Cornelia jamás escuchó al viejo expresar el menor interés por los metaversos. Al contrario. Una sarcástica curvatura en la comisura de los labios a la menor mención del tema y el secreto convencimiento de que todo aquello son juegos de chavales.

El metrobús se detiene suavemente en Tacuba. Bajan todos. El primero en saltar, el franciscano, seguido de los adolescentes enamorados, cogidos de la cintura, obturando el paso a los rubios y a los chinos, que mascullan impacientes.

Cornelia será la última en salir al ajedrezado laberinto de calles rojizas. Se recompone el traje chaqueta, el Barbour abierto. Hace calor. Mira a la derecha y a la izquierda pero no distingue ningún chofer de dos metros por dos metros. Y piensa que los de seguridad van mejorando. Emboca Allende, ha sido una buena idea acercarse caminando. Hay tiempo. A unos metros, el chico minimalista despliega un vetusto celular. Ahora se llevan tipo walki, gansos y cacharrosos, te los cuelgas de la clavícula como si fueran una mochila. La chica trata de quitárselo de las manos. Juguetean. Cornelia pasa de largo.

– Jefe, la gallega bajando.

El chico minimalista, Joey, de Kansas o algo así, domina su trabajo. Berni no sabe de dónde sacó a la sujeta que va con él, pero reconoce que el camuflaje es impecable. Le basta imaginarse a sí mismo seguido por una pareja de adolescentes en celo embutidos en ropa de marines. Con 20 años en el oficio y no se hubiera enterado.

Para Rico el seguimiento urbano es el triple mortal de la profesión. Todo lo contrario a las historias de detectives. Lo normal es perder al objetivo en lo que buscas aparcamiento para el carro. Se precisa de un equipo de al menos seis tipos curtidos y dos vehículos forrados de tecnología para un seguimiento no muy allá. A no ser que te las compongas para chipar al palomo y tenerlo sateletizado, igual que los bichos que salen en los documentales, con sus collarones negros contrastando con el paisaje salvaje. Sólo que cualquiera un poco puesto, y no digamos un directivo alojado en el Quetzalcoatl, detecta el chivato nada más cruzar

el arco de seguridad. Al aliviarse en el lavabo. Dos pitidos y alerta de dispositivo ilegal entrando al celular en una orgía de decibelios. Y Rico rememora agotadoras persecuciones que han concluido sitiando a un chucho que mordisquea las sobras de un restaurante paki en algún callejón de Cuernavaca.

Tal vez por eso, porque aquí la técnica falla, le gustan tanto los seguimientos urbanos. Al mando de la operación se siente el mismísimo dueño del banco.

–Retrase la posición y facilite un plano largo. Vamos a ver quién anda por ahí.

El Toyota de lunas tintadas ha estacionado al inicio de la zona peatonal. Bobby ha activado dos pantallas, en la de la derecha van apareciendo imágenes de viandantes captadas por las unidades de campo. En la izquierda un mapa del Zócalo con tres puntitos tintineando.

–El objetivo tuerce a la derecha.

–Siga –una fugaz mirada a la cuadrícula del mapa–. Dirección Catedral –ordena–. Gringo, ¿me recibe? Demore el paso. La gallega va directa. Repito, a las doce. Directa.

Rico constata satisfecho que la bronca ha funcionado. El delantero de los Gavilanes, con las gafas pantallas incrustadas, coteja imágenes. Cuando el programa detecte concomitancias con los fotogramas remitidos por los chicos, algún display saltará como un muelle.

Esto es contravigilancia. Buscan al que busca. No a la gallega. A la furgoneta azul o, mejor dicho, a los que van dentro.

Por lo menos el barrio está igual. Más saneado, piensa Cornelia, apartándose al paso de un robot recubierto con el logo de la municipalidad y un lema bilingüe estampado, «Mantengan limpio el centro. Gracias». Comercios a un lado y a otro; complementos soft, burritos, recuerdos, bodegas con falsos botellones de tequila y mezcal colgados de las balconadas. Un nuevo giro y vuelta a la calle principal. Puede aún ver a los turistas chinos trotando por delante. Al fondo, omnipresente, la cúpula de la Catedral rezuma humedad. Vapor que asciende de las tejas imantado por el sol.

De tanto en cuanto, las fachadas dejan al descubierto los tensores antihundimiento y bocas de inyección de hormigón polimerizado. Su primer novio, Martín, trabajó para la Setic Centro «algo», la compañía mixta México–canadiense de los bombardeos subterráneos.

Según se aproxima a la Catedral los puntazos son más y más fuertes. Las caras enterradas en las mazmorras del pensamiento reviven ahora con desparpajo. Van ganando la batalla.

Txoquil, las hermanas de la Caridad de Goa... Martín el cabronazo.

Se conocieron en un acto antiglobalización. Martín era pequeño y nervudo. Por si fuera poco, una verdadera birria, piensa Cornelia. La Cornelia de veintitantos años después ni le habría mirado. Un mingae-nana, un payaso. Un aprovechado...

La pardilla activista de Sembremos, en cambio, se lió. Y vio en Martín al príncipe prometido. Recordó las miradas de abatimiento de las hermanas. Otra que cae. Mundo, demonio y carne. Y sí. Las cosas se complicaron hasta acabar brutalmente en aquel cuchitril de Puebla. Allí murió Cornelia Pueyo Primera Parte.

En las escalinatas, la intensidad de los recuerdos empieza a demandar a gritos un «hanoi» urgente. Cornelia trata de despejar la mente. Centrarse en lo que ha venido a hacer.

Atraviesa el Zócalo. Un largo paseo hasta la puerta de Angeles. Prácticamente sus primeros pasos en la majestuosa nave coinciden con los acordes iniciales del órgano. Introibo ad Altare Dei.

Esperando en el recibidor de Puebla hasta el último momento. Sólo como una luna helada a tropocientos millones del calor del Sol, pulsando en intervalos de tres minutos la tecla de rellamada. ¿Lo ves? le espetaron al despedirse de ella las hermanas te lo dijimos. Este te romperá el alma. ¿Cómo se puede ser tan tonta?

Trata de aferrarse a lo novedoso. Hace muchos años que no entra en una iglesia. La distribución tiene un aire familiar pero distinto. Han suprimido los confesionarios, por ejemplo, pues hoy los pecadores se lavan la conciencia conversando sosegadamente con los hermanos mientras deambulan por las sombras del templo. Eso es nuevo y le llama la atención.

Cornelia había oído hablar del nuevo culto. Del concilio renovador del Papa. Un jovencísimo sacerdote accede al altar del Perdón. Viste un insólito pantalón gris con la reglamentaria camisa azul de manga corta destacando el cleryman. En Madrid ya no llamaban la atención, pero para Cornelia, ver a uno de ellos en acción en plena misa implica un cambio de esquemas. Hay más de media entrada. Bloques enteros de la Catedral ocupados por jóvenes aseados. Familias con sus mejores galas llegadas

de todos los Estados mexicanos. Luego sonrío. Algo no ha cambiado. La primera fila ocupada por ancianas marchitas. Semper Fidelis.

Siente con alivio como la cadena sináptica de Martín se diluye y maquinalemente se suma a las voces de los feligreses. Señor ten piedad.

Estén dónde estén los «seguratas», estarán flipando. Piensa y sonrío. Estaría bueno chuparse la misa por nada.

–¿Toda la misa? ¿Una europea en la Catedral? –la voz de Valerio Morales denotaba un manto de escepticismo y fastidio. Va a misa los domingos. He aquí el tipo de titular que su jefe Salazar procesa como altamente relevante.

–Toda. Hizo un donativo con el celular. Luego volvió por donde vino. No se enteró de nuestra presencia, no esta vez.

–¿Y nosotros, nos hemos enterado?

–¿Cómo? –preguntó a su vez. Aunque sabía demasiado bien a que se refería.

–Olvídelo Berni. Siga.

–Entró en la delegación y salieron los cuatro. Directos al hotel, a pata –revisó las notas. Cenaron ensaladas. Luego una copa. Nuestro hombre dice que se reunieron en el cuarto del degenerado apenas un rato. Parecían agotados.

–¿Contactos?

Rico se toma un respiro. Algo muy gordo está pasando para que la cara de Valerio se materialice en la pantalla de su apartamento en Zona Rosa, tan pequeño como caro, un domingo casi a medianoche.

–Negativo. Sin actividad clara. Parece que se acostaron. Cada uno en su pieza, claro. Aunque barriendo la frecuencia detectamos una conexión encriptada, igual que la primera. Como de 500 pavos.

–¿Crees que suya? ¿Del tal Mustafá?

–Afirmativo.

–¿Y qué hay del delegado?

–Después de dejarlos, hizo un par de llamadas. A su casa. Tomó el suburbano. De camino se detuvo un buen rato ante un logo porno de reclamo. Vaya un crápula.

Escuchó algo similar a una carcajada.

–¿Sigues pensando que es cosa suya?

–¿De Ribelles?

–¿Quién, sino?, ¡carajo!

–Es la primera opción.

Pero la voz de Rico ha cambiado, y cuando el jefe del gabinete de Salazar le insiste, duda unos segundos, pensando en el robot de limpieza y en el operario que descarga unos archivos en la ranura del barrendero automático. Todo normal, salvo los impecables zapatos de Adidas Vintage y un uniforme como recién lavado, que cruje de puro nuevo cuando deja atrás el Toyota y se encarama de un salto a una «furgona» con el anagrama SCC. Setic Centro Conglomer.





## 10– Pitch&Putt

**A** falta de uno, la sede de BHL en Ciudad de México ocupa dos rascacielos gemelos de 70 pisos en los parques empresariales. Vistas a Chapultepec. Y por abajo debe haber más, especula Romano, los búnkers anti-todo, donde archivan la sustancia gris del emporio, más almacenes, equipos de seguridad, parkings. Por lo menos quince plantas subterráneas.

Una de las torres afechinadas de acero está reservada a las filiales, que si seguros, flujos internacionales, un call-center... Luego le dirán que sólo el restaurante de la empresa ocupa tres pisos, otros dos son un gimnasio con lo último en Chi-kun, espantoflexia y chorroterapia slow. La envidia de la ciudad.

– Cuida del Musta, corazón –le indicó Cornelia al salir del Cadillac. Pero Musta iba impecable, con su sobrio traje de consultor citado con banqueros y zapatos relucientes a juego con el portafolio de cuero. Le arregló el nudo de la corbata.

– Vas más suelto hoy –Romano piensa que los heteros odian los tangas. Musta desde luego sí.

Musta le ignoró y Romano volvió a la doberman era brillante. Si Romano fuera tía, o más de lo que era, precisó mentalmente, usaría el look de ella. Nada de ordinariieces, un peinado corto triangular, tipo Lady Di, que focalizaba toda la atención en los rasgos de la cara. Una mirada inteligente, boca sensual y patas de gallo levemente minimizadas con maquillaje. El traje de chaqueta «Hermes», una talla más de lo normal, era de un tono rojizo oscuro, un modelo «voy de negocios» de los que tanto gustan a los directivos. Clase, mucha clase para ser tan golfa.

Romano se había despertado dolorido por la próstata. Cosas de la altura, pensó, lo que no evitaba que la inflamación empezara a doler.

Hacerse viejo es una faena. Se hinchó a pastillas mientras consultaba los registros. Nada.

Una semana atrás, en el club de bailes de salón de Chueca y mientras Nataniel, su novio, practicaba un «madison», decidió contárselo al americano compartiendo unas sesiones de oxígeno. Tengo algo sólido en marcha. Bueno para tu gente. Romano fue escuchado con gran atención.

En los últimos meses, Nataniel, oscuro funcionario, cincuentón ossie bien cuidado, apretaba con lo de Tenerife, con el no sé qué pintamos en Madrid. Pero Romano echaba las cuentas. Faltan 70.000. Rescatando todos los activos, metiéndolos en la Disney y en algún banco alemán indestructible. Siguen faltando.

El pinchazo de la Ricawasi fue como la señal del cielo que nos ratifica en las bondades del camino iniciado. ¡Asco de plataformas y al cuerno con Sevillano!

Así que confirmó el trato en una última llamada desde el celular en el Internacional de Barajas mientras aguardaba a Cornelia y al Musta. Lo hacía por su chico, Nataniel

Antes de bajar a por el desayuno, una última mirada al tarjetero y otra al espejo. Allí estaba, entre las primeras tarjetas. Greg Almond, la dirección, la empresa aparentemente inofensiva. Lo básico. Respecto a él, espléndido a pesar del nudo americano (hubiera estado mejor un «windsor», cierto, pero de un homofóbico declarado como Salazar cabía dudar que apreciara esos detalles). Así que el uniforme es el uniforme. Por lo demás, se dijo orgulloso, si no fuera por lo antinatural del planchado de arrugas nadie le habría adjudicado los 75. Acercó su rapada cocorota al reflejo. Mondo y lirondo. Como Yul Brinner en los Diez Mandamientos.

Puntual, en el meeting point vestibular del Quetzalcoatl les esperaba el gigante mexicano. Al decir de la doberman, «segurata». Fue un viaje corto entre un denso tráfico. Luego un primer control con federales acorazados, cascos antifragmentación y subfusiles. Entra usted en zona hipersicura. Pasta a mares. Los agentes se cuadraron al paso del STM.

Una avenida privada conducía a los estacionamientos de las torres. Habilitados con todos los chips del mundo, las barreras levitaban zumbando al paso del cadillac, que adelantaba en zig-zag a los autobuses adornados con el soso logo BHL. Al otro lado de las ventanillas,

impersonales jardines de césped jalonados por palmeras adaptadas a la altitud. Tardó en percatarse de que era un pequeño campo de golf de 9 hoyos. Pitch&putt.

Efectivamente, por lo menos diez plantas subterráneas. Y ellos estaban en la -2, la reservada a la cúpula y sus plexus, lexis, nexus, los más, híbridos. Supuso que alguno de los muchos ascensores conducía directamente a la cúspide, pero el de Rico terminaba en la planta baja.

– Tournée –cuchicheó Romano a la oreja de Musta.

Todo el que tiene un rascacielos con hall sin techo te obliga a pasar por ahí. Y tú dices ¡Oohh! La torre de mando con más motivo. Hay un holo supermordeno suspendido a unos treinta metros.

–¡Oohh! ¿Qué es? –pregunta Romano.

–El águila de México –y masculla a la oreja para que nadie más la escuche–... gran capullo.

Los ojos de Cornelia escanean al personal que pulula por el hall. Trata de detectar al agente asignado, al empleado encargado de llevarles a la cima. Hay proletas con el mono de mantenimiento y abunda un ejército de juniors, enlaces entre torres, adolescentes más informalmente vestidos de lo previsto, algunos, incluso con tatuajes y leves detalles subpunks. Capta el mensaje. Le digan lo que le digan del Papa, los legionarios, etcétera, esto no es un seminario ni una oficina cargada de caspa.

De repente su boca se abre como asustada y Romano la escucha prorrumpir en un algo así como «es ella».

Es ella. Lucia La Riba–Glaxton, la número dos en carnes mortales, escoltada por un pelotón de secretarias, directas a donde estaban ellos.

Aquello rompía todos los esquemas. En la hoja de ruta de Cornelia figuraba alguien del segundo escalón, un segundón, hombre puente hasta Jac O. Serven, el verdadero contacto y oficiante de la fiesta. De modo que no sabía cómo interpretar el dato. Romano trató de hacerse invisible a resguardo tras Musta y dejando a Cornelia ganarse el sueldo.

–Gracias Rico. Puedes irte que nosotras nos encargamos –una media vuelta marcando los tiempos y la espalda de Rico se alejó desfilando camino de un ascensor–. Soy Lucía, y usted debe ser la señora Pueyo y su equipo de Madrid –pronunció «Madríz», presumiendo de mundo.

Era algo más delgada que en las pantallas y, según Cornelia, olía a lesbiana. Sobre 55 años pero aparentaba menos embutida en una juvenil túnica de Prada turquesa.

La doberman adoptó la sonrisa estoy alucinada no me esperaba tanto honor.

—¡Doña Lucía!... Es un... Cornelia Pueyo, pero llámame Cornelia, por favor —con cierta desesperación en el «por favor», enfatizando el supuesto megaimpacto de ser atendida por la número dos en carne mortal. Completó las saluciones—. Romano Corner y Mustafá El-Habib... —vistazo babeante al tendido—. Esto es... «Totalmente total». No hay nada así en España.

Se estrecharon las manos. Lucía redujo las presentaciones a Sheila —sonaba «Sila»— Carmona, una asexual lechuza blanca de la edad de Cornelia, que se autodeclaró de la Dirección General de Operaciones Internacionales, y una rubia, Linda Tremon-Parker, antitética a la tal «Sila», funcional y sexy con un expediente quirúrgico capaz de instalarla en la franja de entre los 28 a los 58 años. A Cornelia no le costó imaginársela haciendo la tijera con su jefa.

Primer contacto. La Riba se explayó durante un montón de minutos en los percances de instalación del holograma, recalando que un tal Fausto —a buen seguro, el trilero de fama mundial que les endosó el pajarraco— no quería que la luz solar incidiera frontalmente en las plumas láser.

—Me temo que para nuestro próximo rascacielos encargaremos cuadros, ¿no es cierto, Miranda?

Romano llegó varios segundos tarde al coro de sonrisas. Se quedó en el « ¿no es cierto, Miranda?», sorprendido, también él, ante el ramalazo lesbio en la superjefa, pero puso el dato en cuarentena. ¿Lucía La Riba—Glaxton (cuatro hijos, tres matrimonios), lesbiana? Sabiduría de gay mayor; suele pasar que a las mujeres poderosas se las tilde de bolleras. Así que para cuando su sistema operativo cursó la orden de reír ya tenía el filo de los ojos de la flaca clavados en la calva y preguntando ¿y usted cómo se atreve a llegar tarde a las risas? Notó como la sangre le enrojecía las mejillas, un «glup», y como un «no volverá a repetirs, señora mía» casi se le escapa.

Concluida la disertación sobre los problemas de instalación de los hologramas gigantes, Cornelia seguía impertérrita con su sonrisa

nonoslomerecemos nivel estándar, que ni siquiera modificó cuando La Riba–Glaxton frunció las cejas y explicó que su plan era atenderles personalmente, pero que desgraciadamente, un cambio de agendas dificultaba que tanto ella como Jacs....

–Jacs –por Jac O. Serven– me pide que le disculpe. La verdad es que mayo, con la asamblea general a la vuelta de la esquina, es un mes horroroso. Por supuesto me mandó advertirles –recalcando irónicamente el «me mandó», como si ella fuera una recién llegada de una sucursal de Chiapas y catalizando nuevamente el coro de sonrisas– que tratará de hacer un hueco para saludarles esta mañanita. En su lugar, Sheila –Sila y su equipo dirigirá la negociación con Talent. Mucha suerte y feliz estancia. Y ahora... al trabajo –imprimiendo un chorro energético en la penúltima sílaba. Paroxítono.

Así que esa es la cosa, ni hombre enlace ni nada. Un toque de peloteo institucional –apenas lo justo para no volver diciendo que son unos bordes–, y a curtirse a las sentinas con un atajo de secundarios. Cornelia sintió la urgencia de intervenir. Pese al y «ahora al trabajo», que un siglo antes hubiera podido traducirse como un «desparezcan de mi vista, pobretones».

–Si es necesario podemos dejarlo para mañana. –La doberman abandonando el coro de sonrisas complacientes y mandando la bola a la cancha de La Riba–Glaxton– No quisiéramos ser inoportunos.

–No será necesario –cañonazo de revés a la línea– la conferencia está ya agendada, en Madrid deben ser las... ¿cuatro de la mañana?... Nos gustaría tener los detalles... antes de que abran.

–Insisto –llegando a la bola dubitativa y de milagro–. Y no se preocupe por las horas. Estamos acostumbrados a trabajar en todas las franjas horarias... nos hacemos cargo del problema de la asamblea... –Una dejada altamente arriesgada.

–Mire, señorita... –sin acabar de llegar.

– Cornelia, Cornelia Pueyo –apuntó Musta y su voz recordó a la del árbitro entonando el punto para.

–Está todo preparado –saltó entonces la cara de lechuza–. Mi equipo estuvo el week end realmente estimulado con la oferta de Talent. –La voz era sedante, acogedora–. Un gran trabajo –sin que pudiera discernirse si se refería al suyo o al de Sevillano.

–Trato de unirme con ustedes más tarde. Feliz estancia –cortó secamente La Riba–Glaxton–. Chao.

Y mientras la dos emprendía la retirada.

– es bollera perdida sólo que no lo sabe –maldijo con rabia Cornelia–, la lechuza les empujó en sentido contrario.

–Si me permiten. Por el ascensor panorámico. Nos esperan en la planta 63. –Y la siguieron como un trío de ovejitas.

Aquella voz, más que sedar, hipnotizaba.

Los conocimientos en pintura clásica de Musta no daban para reconocer una Virgen de Murillo de metro ochenta por noventa, 100% auténtica, pero el entorno obligaba a sospecharlo. Estaban en la planta 63, a pocos metros por debajo del sancta-sanctorum, en una amplia sala rectangular amueblada, además de por el Murillo, por una mesa ovalada rodeada de butacas con ruedas. Aforo para treinta. A lo que se añadía un ser de mediana edad absorto en la lectura de una hoja. A la derecha, un ventanal con vistas a la metrópoli. Salpicón de jungla. La lluvia barrida por el viento diluía la postal como en una acuarela aguada.

Sobre la mesa alguien había dispuesto 8 cuadernos rojos con el anagrama BHL, lápices de madera agresivamente afilados, vasos de cristal y jarras de agua. Eran seis con la de Tremon Parker. Faltaban dos.

En el ascensor Musta se lo montó para pegarse al lado de la guapa y lo más lejos posible de la fea.

–De la Fundación Salazar –apuntó Linda señalando el Murillo, y entraron.

Cornelia, mosca por la tontería de Musta, tomó asiento junto a Linda, forzando al analista a sentarse entre ella y Romano.

Un cubo de 40 pulgadas por cara colgaba del techo. Las pantallas estaban apagadas y reflejaban la lluvia del exterior.

Una vez aposentados, el ser anónimo dejó de serlo.

–Merlin Driss, abogado independiente. No, no busquen en sus registros, nunca salgo –declaró, extrayendo de algún punto del chaleco unas anticuadas gafas metálicas.

El tal Driss abrió fuego recordando que al amparo de la jurisdicción mexicana toda la conversación sería grabada, que imágenes y voz serían destruidas en 30 días naturales si ninguna de las partes expresaba lo contrario.

Musta comprendió –no acabaremos hoy en pelotas por las butacas– que el encuentro sería a cara de perro y dejó de interesarse por la rubia. Se preguntó si a Ferenc le llegaría a tiempo el mensaje, calculando

mentalmente que Karim habría recorrido apenas un 10% del camino entre Baabec y el monte Cirlan. No le gustaba tenerlo en automático tal como estaba el escenario.

Demasiada gente en el barrio.

–Están ustedes aquí –recitó Driss– en representación de Talent Now, que gestiona una sindicación accionarial de esta nuestra empresa. A solicitud de los accionistas no representados, se procede a esta reunión en Ciudad de México a 31 de mayo del corriente, al objeto de dilucidar el eventual acceso de los sindicatos a un puesto en el consejo de administración –entonces se reclinó sobre la mesa apartándose las gafas y sujetándolas por la varilla. Cambió de voz–. Una petición, si me permiten decirlo, en absoluto convencional, inédita procesalmente en esta empresa. Lo más atípico que he visto en veinte años de profesión.

Hubiera quedado mejor afirmando que la petición era un aborto de mono.

Cornelia anotó la nueva andanada, y aunque el supuesto experto en registros era Musta, se le adelantó impostando un tono de desbordante simpatía.

– Señor Driss. Encantada de conocerle. Naturalmente no tenemos ningún inconveniente en grabar esta conversación. Estamos encantados de estar aquí y les agradecemos infinitamente su atención. Respecto a los procedimientos, nosotros no somos los indicados. Somos una delegación preparatoria a su entera disposición para clarificarles cualquier aspecto...

–...Por supuesto –la voz de la hipnotista se abrió paso por el hipotálamo de Musta–. Merlin tan sólo pretende enriquecer el encuentro con sus conocimientos jurídicos. Si les parece, propongo revisar la documentación. Me gustaría vehiculizar en común su propuesta representacional con los estatutos del BHL. Como primer paso. A la vista de que es lo que se puede hacer, tendremos una exacta fotografía de qué pueden esperar sus clientes y cerciorarnos de las posibilidades de satisfacción de sus clientes. ¿Les parece una metodología eficiente?

Asintieron.

A una señal de Cornelia, Musta sintonizó la red de mesa, presintiendo que en alguna parte del inmenso pepino BHL un pelotón de analistas se le echaba encima ansiosos de detectar el menor manchón en los archivos. Columnas de nombres aparecieron en las pantallas. Allí

estaba, el primer y segundo plato, la razón de ser de la movida. La lista de accionistas rebotados reclamando su parte del pastel.

El trío BHL ni se inmutó. Acogieron el listado como quien revisa un parte de insolventes.

Las dos primeras horas transcurrieron papeleando miserablemente. Musta respiró aliviado al llegar a la T. Habían borrado los archivos de Evelyn Torres. En ese momento su mirada se cruzó con la de Cornelia. ¿Sabría algo ella? Decidió que no, que la doberman era experta en pillarte en momentos clave y aparentar a continuación que sabe que tú sabes. Se preguntó si seguiría lloviendo en Baabec. Y funcionó, Cornelia pasó de largo.

Quién quiera que fuera Tod Roderic hacía bien las cosas. El archivo constaba de accionistas de no menos de 20 nacionalidades, todos con sus apoderamientos en vigor de una legalidad apabullante. Zwebenec, Tomas (HU) cerraba el pelotón, con ese apellido, un clásico del final de las listas, pensó Musta. Sumando el valor nominal de cada título el balance final arrojaba un quisquilloso 1,78032%.

Allá vamos. La pantalla se partió en dos, manteniendo a la derecha el archivo presidido por el anguloso y caligráfico emblema de Sevillano e Hijos, y reservando la izquierda para el del BHL. En esta parte, el pelotón de analistas camuflado en algún punto de pepino, validaba datos derivando el resumen al marcador de la esquina inferior. Como en un escrutinio electoral pero en segundos. Al 60% del registro el balance puntuaba un 0,98. Al 95% el sumando bajo el ritmo goteando centésimas hasta clavarse en el 1,78032, al 100%.

«Estoy encantada» Cornelia Pueyo palmeó entusiasmada a la manera de embajadora plenipotenciaria del reino de las gilipollas.

–¡Fantástico! –exclamó. BHL daba por bueno el listado de Madrid.

Hasta Driss transpiraba alivio, ni que fuera por no invertir el resto de la reunión batallando con las hojas de cálculo.

–Queda validado. –Y de nuevo en tono como de instructor de novicios–. Es una formalidad, pero odio las sumas que no cuadran.

A las 11 un «casakiper» silencioso sirvió café.

Driss y Sheila Carmona se alternaban en una tediosa conferencia sobre la reglamentación bancaria mexicana. Linda, escoltada tras Cornelia, no ofrecía una panorámica clara de la que solazarse. La virgen de Murillo en un día lluvioso inspiraba melancolía.

Musta trató de recapitular. La cualidad de consejeros está reservada a tenedores del 1% previa ratificación del propio consejo. Según el informe de Romano, las fuerzas en BHL estaban en situación de 15 a 10, a favor de Don Gilberto. No obstante, 3 de los 15, un 5% en títulos, son representaciones sujetas a contrato de lealtad. Muda propiedad. Sin siquiera capacidad de venta ni de reprobación del presidente ejecutivo. Se trata de tres puestos clave de adscripción dudosa al vencimiento del contrato, o lo que es igual, en venta, o lo que es seguro, ya comprados.

Dos de ellos serán restituidos en sus derechos en la próxima asamblea y el tercero, al año. Entonces serán mayores de edad y podrán encararse con papá.

El diseño de Talent –todavía por enunciar– planteaba la sustitución de uno de ellos por un representante de los pequeños accionistas. Roderic. Echar a uno de los tibios para meter a otro de los recalcitrantes y mantener así una mayoría de 13 frente a 12. Y gratis. Pues si acepta, Salazar se ahorra la pelea por el 2,66% que queda suelto.

Dos y dos, cuatro. Así que –siguió divagando Musta– cualquiera en la situación de Salazar negociaría, mientras calcula que 2,6 equivale a algunas decenas de miles de millones.

El café estaba excelente. Por enésima vez clavó la vista en la Virgen, y luego, por contraste, en Cornelia.

En su misma onda, la dobermann dibujaba quesitos en el cuaderno rojo. La tarta accionarial de BHL con los distintos repartos de poder.

A la delegación presencial le correspondía preparar el camino. Convencer a la cúpula de BHL de que son ellos los interesados en comprar la oferta de Talent. Driss, en cambio, jugaba a la inversa. Al regateo. La oferta de Talent es, de entrada, desproporcionada. Todas las cortapisas legales que desliza incansable no son otra cosa que intentos de devaluación de la mercancía. Argumentos que obsesivamente vuelven a lo mismo. Hay mercancía si y sólo si Salazar quiere que haya mercancía. De donde el valor de la mercancía nace devaluado.

De ahí a exhibir, a modo de colmillos, toda la infraestructura estatutaria y dejar bien claro que, si bien la ley parece obligar a BHL a aceptar, sin más, la representación de los sindicatos, en caso de una negativa presidencial la decisión recae en el consejo (por dos tercios) o la asamblea (mayoría simple). En el consejo ya sabemos quien manda pero para tentar la vía de la asamblea debe ser el consejo quien lo proponga en el orden del día, lo que devuelve la cuestión al terreno del consejo,

donde ya sabemos quien manda. En otros términos, o sí o sí, puede que estemos interesados pero despídanse de fijar ustedes las condiciones.

–Claro que siempre pueden recurrir a la vía judicial –reconoce el abogado jugando con las lentes–. Le digo más, en la corte mexicana hay alguna jurisprudencia favorable... En el Supremo, por descontado.

Cornelia se sentía con fuerzas para seguir simulando ser una completa subnormal durante dos meses seguidos. Pero había esperado pacientemente a que Driss y Miranda mostraran algún resquicio en el discurso para entrar en la cuestión real.

La cuestión estratégica.

Así que sin abandonar, de momento, el tono «estoy encantada» inició las maniobras de aproximación.

–Oh, no. ¿Quién quiere tribunales? Odio los tribunales. Seguro que nuestros clientes también odian los tribunales –y cacareó una risa similar al sonido de una cisterna de vater vaciándose–. No, nuestros clientes sólo quieren ejercitar el derecho de fiscalizar, aunque esta es una palabra muy fea... de mantener una cierta actitud vigilante... mejor... sobre unos intereses legítimos, y por supuesto, en armonía con el resto del accionariado y en total sintonía con el... actual liderato de la empresa..

Y Driss metió la pata.

–¿Liderato? ¿Pues acaso desconfían de la dirección del banco?

– ¿Cómo?

–Digo que... –ocultándose de nuevo tras las lentes y un sorbo de agua.

Patinazo y momento de clavarla. A degüello.

–No. No me ha entendido usted bien –dijo Cornelia, despojada de golpe del disfraz de becaria–. Justo lo contrario. Mis clientes desconfían de las intenciones de aquellos que no son la dirección del banco. Desconfían del equilibrio de fuerzas. Por decirlo de un modo gráfico, amigo Driss, no quieren que este bonito edificio se venga abajo con el Murillo dentro. ¿Por qué es un Murillo, no es así? Estamos aquí para eso... para apalancar un banco.

–¿No estará usted dudando de la solidez de esta institución? –contrató Driss, fingiendo escandalizarse pero sin mayor convicción.

–¿Cuándo es la próxima asamblea? –con sarcasmo.

–El martes de la próxima semana –cortó Sheila, la hipnotista–. Nuestra única pretensión es ayudarles a visualizar las dificultades entraña-

das en el procedimiento. Cómo técnicos no podemos aventurar hipótesis sobre qué políticas son o no son convenientes para nuestra empresa...

– Claro, Sheila –la voz de la doberman adoptó una modulación más franca. Prefiero hablar contigo que con Driss–. Según lo expuesto, el camino es fácil, es una pura cuestión de voluntad. Una pura cuestión de que la...

...Presidencia quiera. Pero el zumbido de las puertas del ascensor interrumpió el final de la frase. Linda se levantó como movida por un resorte, seguida de Carmona y, algo más lentamente, Driss. Instintivamente, los madrileños les imitaron.

Jac Ouedei Serven.

BHL reforzaba la línea de defensa.

La dentadura del director de operaciones resplandecía como un faro mientras saludaba saltando de invitado en invitado. Sonrisa al viento, ¿no es maravilloso estar aquí con ustedes? Estampando dos sonoros besos al llegar a Cornelia. Luego les rogó tomar asiento.

– Sheila, por piedad, nuestros invitados pensarán qué somos unos completos miserables. Seguro que no ofreciste ni tabaco.

Una entrada de manual. Acción evasiva para relajar el ambiente.

Cornelia no sabía si felicitarse por superar el cordón sanitario de Driss y compañía o lamentarse por el cambio de ritmo ante la entrada de Serven. Les tenía rozando el KO. Decidió aceptar el Marlboro. Para sorpresa de Musta, todos, hasta Romano, extrajeron cigarros de los sitios más extraños. Serven elevó unas reflexiones sobre las bondades del tabaco. Poco después, un «casakiper» entró atestado de ceniceros.

Jac O. Serven, era negro, alto, joven y guapo. Un proletario nada proletario incrustado en la élite del banco. Su indumentaria, un traje sin chaqueta, camisa arremangada, pantalón de rayadillo y pinza y zapatos rojos, desprendía el olor de las prendas cosidas a mano.

Serven tocó el tema de los monzones, un soliloquio bien estructurado, rico en anécdotas graciosas a costa de ejecutivos alemanes o neoyorquinos. Hasta Musta se reía. Luego hablaron de Europa, del interés del BHL por potenciarse en el «Viejo Mundo». Luego miró el reloj.

– ¿Qué tal si comemos? –Ni el más mínimo comentario sobre el Tema. Bostezó–. Continuamos a las 15.00. Pantallazo con Madrid, si les parece.

Tiempo muerto. Asintieron unánimemente.

Para descontento de Musta, el comedor privado era un cubículo cerrado, sin vistas al batallón de chicas junior ni a otra cosa que al aguilucho holografiado del tal Fausto.

Lo del reservado fue idea de Linda.

– Seguro que querrán comentar entre ustedes...

Cornelia aceptó. De vez en cuando un «casakiper» descargaba los platos.

Le tocaba a Romano.

– ... Me han puesto nervioso. Ese Driss –jodida maricona, me cago en sus muertos, etc...–. Pero creo que hemos ganado –Cornelia arqueó las cejas en señal de

«¿hemos?»–. Les tenemos en posición. Ahora que Sevillano dé un empujoncito... –acompañando la metáfora con una soez flexión de brazos.

– Van entrando –reconoció ella–. La verdad es que he estado inmensa –y se detuvo un segundo para corroborar el impacto–, inmensa. Nos han ninguneado. Al principio no entendía porqué. Tal vez la ausencia de Sevillano. Después he visto que es el procedimiento.

– ¿El procedimiento?

– Lo acostumbrado. Buena señal, campeones. Nos ningunean porque quieren comprar. Ponen pegas para rebajar el precio de partida. Como gitanos. Muy buen trabajo Musta, pero que muy bueno. Sí señor. Lo de clavar los porcentajes, ese unoconsetecientos...

– Setanta y ocho mil treinta y dos –puntualizó Musta.

– ...nos ha venido de perlas. Si no tuvieran interés, nos hubieran enviado de fiesta por la ciudad con todo pagado, y despachados para casa. Ahora viene la parte cabrona...

Claro, pensaron a la vez.

15.00, las nueve en Madrid. Turno de Sevillano.

En el cubo pantalla los jefes aparecerían espabilados. Graves. Estirados.

Antes de entrar, un aviso para Musta. Cornelia se giró velozmente y le susurró. Céntrate.

Y él reconoció que sí, que estaba desorientado. Con la cabeza perdida en algún punto del Kara Kun o de camino a una fortaleza de la Ruta de la Seda, y de golpe, recuperada en medio de un banco, pasando por Gibraltar.

Durante la comida no pudo dejar de pensar.

Imaginó a un pelotón de analistas diseccionando el pull de accionistas. Llamadas de un lado a otro del Atlántico corroborando poderes y sopesando precios. Había familias poderosas en el listado. También había grandes petardos.

Y una sobrecarga de anónimos testaferros virtuales. Alguno de ellos difuntos.

Trató de calcular cuánto tiempo tardarían en olisquear la pista de las sociedades metaversales. Él había tenido suerte con la muerte de Torres. Y, sinceramente, no se le ocurría ningún mecanismo de cruce de datos que permitiera aflorar a la Fundación Garver, así, a las primeras de cambio. Eso se traducía en tiempo regalado y vuelta al Caspio.

Karim disponía de margen para encontrar al Alférez, saquear el caravasar de N'Brena y piratear los datos.

Pues naturalmente que estaba desorientado.